

OLIVIA T. TURNER



CALOR
COUNTRY

CALOR COUNTRY

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviattturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Epílogo](#)
[Epílogo](#)
[Epílogo](#)

[Otras Obras](#)
[Otras Obras](#)

*Para los chicos de campo que hablan sucio, se enamoran
perdidamente y tratan el «mía» como si fuera una frase completa.*



CAPÍTULO UNO

Cash

—Cash, ¡te están esperando! —grita mi mánager Bret mientras aporrea la puerta. Puedo oír a los cien mil que hay ahí fuera, rugiendo como el océano, mientras pongo los ojos en blanco y me levanto despacio—. ¡Cash! ¡Sal de una puta vez! ¡CASH!

Doy un último trago a la botella y una última calada al cigarrillo antes de aplastar la colilla en el cenicero.

—No me vuelvas a hacer esta mierda —grita Bret entre golpe y golpe a la puerta—. ¡O búscate un nuevo mánager de los cojones!

Abro la puerta y me encuentro con su cara roja y congestionada. —Llevas diciendo eso los últimos veinte años.

—Ya —dice mientras se da la vuelta con un gruñido—. Así que puedes imaginarte lo harto que estoy de tus gilipolleces.

La multitud se está volviendo loca. Están ahí fuera gritando, esperándome. Putos idiotas.

—¿Qué mierda toca hoy? —pregunto mientras sigo a Bret hacia el escenario. No vamos al mismo ritmo ni de lejos, así que tiene que desandar sus pasos.

—¿Me estás vacilando? —Aprieta la mandíbula y se agarra un manojo de pelo, como si fuera a arrancárselo. Pobre desgraciado. No ha sido fácil ser mi mánager durante las últimas dos décadas.

Debería despedirlo para acabar con su sufrimiento. Sería lo más humano. Sin duda ha ganado suficiente dinero a mi costa todos estos años como para jubilarse con todo lujo de detalles. Quizás sea un masoquista al que le encanta el dolor. Quizás tenga miedo de aburrirse deambulando por su mansión sin nadie a quien gritar. O quizás, simplemente, es adicto a mí.

—Es el puto Tennessee Country Festival —dice, mirándome como si fuera un completo imbécil.

—¿Estamos en Tennessee? —Mierda. Pensaba que estábamos en Texas.

—¡Sí, estamos en Tennessee! —grita, lanzando las manos al aire—. ¡El festival de country más grande del mundo! ¡Tres días! ¡Más de cincuenta artistas actuando! Más de cien mil personas asistiendo. ¡¿Hola?!

—Necesitamos a Cash en el escenario *ya* —dice una mujer de aspecto severo que llega corriendo—. ¡Debería haber subido hace siete minutos y lo está descuadrando todo!

—Va ahora mismo —dice Bret, intentando calmarla—. Siento el retraso.

Un miembro de mi equipo me entrega mi guitarra y me la cuelgo al hombro como si fuera parte de mí. Después de todos estos años, la siento como una extensión de mi cuerpo. Como otra extremidad.

Subo los escalones de acero y vislumbro a la multitud. Tantos... Parecen tan felices. Tan emocionados. No recuerdo la última vez que me sentí así.

Bret me agarra de mi camisa negra justo antes de que pise el escenario. —¿Tienes el repertorio?

—Mierda, no.

Mi banda ya está en el escenario. El bajista me mira con cara de «¿pero qué cojones?».

—Toma —dice Bret mientras me entrega una tarjeta con las canciones apuntadas. Le echo un vistazo y me dan ganas de vomitar.

Las mismas catorce canciones. Una y otra y otra y otra y puta otra vez.

Odio estas canciones. Las *aborrezco* profundamente.

A veces deseo quedarme sordo para no tener que oír las nunca más, pero sé que no serviría de nada. Cada nota está grabada a fuego en mi cerebro y seguirán sonando en bucle hasta el maravilloso día en que me muera.

Hasta entonces, me toca aguantar *Con el agua al cuello* y *La chica de mi pueblo* una y otra vez.

Suspiro mientras me giro hacia el escenario.

—¡Cash! —exclama Bret. Me vuelvo hacia él—. Un poco de entusiasmo esta vez. Por favor.

Gruño y luego avanzo arrastrando los pies hacia el escenario.

El estruendo del público es ensordecedor. Más de cien mil lerdos gritándome.

Cerrad la puta boca, me entran ganas de gritar. *Todos vosotros*.

Me planto delante del micro y gritan aún más fuerte. Ojalá esas nubes de lluvia que se ven a lo lejos vengan hacia aquí y los calen a todos hasta los huesos. Eso sí que sería un espectáculo.

Me aclaro la garganta frente al micro y aúllan como chimpancés.

—Hola, Tennessee —digo. Más gritos—. Soy Cash Edwards y esto es *El ranchero destrozado*.

El batería, Mike o Mark o como cojones se llame el nuevo, empieza a tocar y un tsunami de gritos proveniente del océano de idiotas se abalanza sobre nosotros.

Sonrío, preguntándome qué pasaría si en lugar de cantar me pusiera a insultarlos de arriba abajo. A decirles *exactamente* lo que pienso de ellos. Estos fans son una maldición. Me han arruinado la vida. Ni siquiera puedo comprar un paquete de tabaco sin que me asedie una docena de teléfonos grabando que me meten en la cara. Soy un puto prisionero. Mi vida es un chiste.

No tengo a nadie. No tengo nada. Sí, tengo coches y casas y demasiados putos relojes para alguien que solo tiene dos muñecas. ¿Por qué la gente siempre me regala relojes? No puedo ir a una reunión de negocios sin salir con un puto reloj de oro nuevo y brillante. Ni siquiera uso relojes.

Esta puta gente... Todos me miran con los ojos como platos y grandes sonrisas. La mayoría quieren ser yo. Cambiarían su lugar por el mío si pudieran. Lo que no saben es que yo cambiaría mi

lugar por el suyo en un segundo. Incluso por ese bicho raro del pelo rosa y las gafas de sol blancas.

Veréis, ellos pueden volver a casa con sus amigos y estar con sus familias, mientras que yo tengo que ir a otra solitaria habitación de hotel, completamente solo. Incapaz incluso de ir a por hielo para mi copa porque un montón de fans pesados están esperando en el pasillo para sacarme una foto.

Ellos pueden tener una vida normal. Yo tengo *esto*. Gente gritándome. Metiéndome móviles en la cara. No saben nada de mí y no les importa. No estarían vitoreándome si conocieran al verdadero yo. Estarían yéndose directos al aparcamiento.

He pasado mi carrera cantando canciones sobre corazones rotos y amores perdidos, pero no he tenido nada de eso. Nunca he sentido ninguna de las emociones de las que canto. Todo es mentira. Todo es cartón piedra. Todo es para complacer a la multitud para que abran sus carteras. Soy un estafador que canta al amor, pero lo único que tengo es apatía. Lo único que tengo es entumecimiento.

Llega mi parte y empiezo a cantar por pura inercia. Ni siquiera estoy prestando atención a las sandeces de la letra. Solo cumplo el trámite. Despachando otra actuación mediocre.

*«Se llevó mi corazón en la feria del condado,
lo hizo pedazos como si no le hubiera importado».*

El público baila y canta conmigo. Es una fiesta enorme, pero siento como si fuera el único al que no han invitado.

Sigo cantando mientras escudriño a la multitud. Una chica se levanta la camiseta y me enseña las tetas. Como si me importara un bledo. He visto tantas tetas en tantos conciertos que me emocionan tanto como ver una gaviota en un parking. Bájate la camiseta, bonita. Me importa un carajo.

*«Los sentimientos llegan como una avalancha,
me desmorono en el rancho de mi padre».*

Todos vitorean cuando llego al estribillo.

Ni siquiera estoy atento. Solo quiero terminar con esto para poder tumbarme en la cama del hotel, abrir una botella de Jack y tragarme alguna serie de mierda en Netflix hasta quedarme frito.

La canción termina con un redoble de batería y la multitud estalla.

Ah, joder, ¿cuál es la siguiente?

Saco la tarjeta del bolsillo trasero y... ¡oh, me cago en todo! De todas las canciones de mierda de mi catálogo de mierda, *Roto y magullado* debe de ser la que más odio.

La escribí cuando tenía veintipocos, en aquella época en la que la creatividad fluía como un río, en lugar del desierto polvoriento y seco que es ahora. La escribí en veinte minutos. Me vino ya formada, como un sueño, mientras cortaba el césped en casa de mi madre. Entré corriendo al garaje antes de que se me olvidara y la garabateé en un manual de instrucciones de la motosierra de mi padre. Se pilló un cabreo monumental.

Una vez que la grabé y la saqué al mundo, fue el número uno de country durante treinta y seis semanas consecutivas.

Tengo cuarenta y dos años y ahora me doy cuenta de que no fue ningún sueño lo que me vino aquel día. Fue una puta pesadilla. Una maldición. Esa canción fue la que me hizo explotar y mi horrible vida nunca ha vuelto a ser la misma desde entonces.

—¿Alguien aquí se ha sentido alguna vez herido y apaleado?

La multitud se enciende en un estallido de vítores idiotas.

Suspiro mientras empieza el bajo.

Una vez más para los imbéciles...

Manda narices...

—Gracias, Tennessee —digo saludando con la mano.

Miro a la multitud. Todos están coreando y aullando, gritando y berreando hasta que se les pone la cara roja.

Se me ocurre que piensan que deseo esto. Que piensan que esto me halaga. Que me están haciendo sentir bien.

Lo único que quiero de verdad es tener una conversación. Una conversación real, de tú a tú, legítima. No una periodista de Hollywood haciéndome las mismas preguntas tontas una y otra vez

mientras la cámara graba por encima de su hombro. No docenas de fans empujándose y dándose codazos mientras intentan conseguir mi autógrafo o un selfi conmigo. No una reunión de negocios donde todo el mundo me lame el culo.

Solo una conversación. En una mesa con café. Una cerveza frente a una hoguera. Lo que sea. Solo una conexión humana real por una vez, en lugar de esta... monstruosidad. Sea lo que sea esta cosa antinatural.

Saludo por última vez y salgo del escenario arrastrando los pies.

Bret está allí, con cara de alivio. No le he dado el entusiasmo que me pidió, pero al menos no he fumado en el escenario ni he insultado a la audiencia. Lo está contando como una victoria.

—Te dije que no quería volver a tocar *Roto y magullado* —le gruño.

—Lo sé —dice con voz acelerada—. ¡Pero es tu mayor éxito! Tienes que tocarla. El público lo espera, los cien mil. No seas egoísta, Cash.

—¿Egoísta?! —digo, a punto de soltarle de todo. Nada en mi vida es egoísta. Todo lo que hago, lo hago por los demás. Por él, por la discográfica, por los productores, la banda, los fans. Si fuera lo bastante valiente como para hacer algo por mí, mis labios estarían envueltos alrededor del cañón de un revólver.

—Te he dicho que no quiero tocar...

Las palabras se me quedan grabadas en la boca cuando veo lo que debe de ser un espejismo pasando a lo lejos. Mi corazón se detiene mientras la observo fijamente hasta que desaparece en una sala rodeada por media docena de personas.

—¿Cash? —dice Bret mientras me quedo mirando boquiabierto la puerta que se cierra—. Cash, ¿estás bien?

No puedo respirar. No puedo pensar. No puedo... dejar de... mirar...

Es imposible que fuera real. Ha sido una alucinación. Una fantasía.

Toda esa droga y todo ese alcohol a lo largo de los años están empezando a pasarme factura. Me deben de estar pudriendo el cerebro.

Pero entonces un guardaespaldas abre la puerta para entrar y vuelvo a verla un instante.

Está sentada en el sofá, con sus piernas tersas juntas bajo su falda vaquera blanca. Tiene las manos entrelazadas en el regazo mientras hace un calentamiento vocal con la que debe de ser su madre. No puedo dejar de mirar. Su larga melena rubia y rizada, sus ojos verdes brillantes y esa actitud joven y exuberante. Es un sueño. Una musa. Una fantasía hecha realidad.

Así es como deben de ser los ángeles. Puedo sentir su juventud y su ilusión, y es contagioso.

—¿Te estás... *sonriendo*? —pregunta Bret, mirándome en estado de shock.

—No —suelto, frunciendo el ceño—. Es solo... ¿quién es esa?

La puerta se cierra justo después de que él logre echar un vistazo.

—Es Lola Lively —dice—. La nueva sensación. Tiene el segundo tema country más escuchado del país.

Trago saliva con dificultad mientras miro la puerta cerrada. —¿Quién tiene el número uno?

—Tú, Cash —dice él poniendo los ojos en blanco.

—Quiero conocerla —digo mientras mis pies empiezan a moverse.

—Sale ahora mismo —dice él—. ¿A dónde vas? ¡Cash!

La puerta se abre de golpe y ella sale rodeada de su equipo. Retrocedo y la miro maravillado mientras se encamina hacia el escenario.

Mi corazón late tan fuerte que parece que va a destrozarme el pecho.

Siento que me inclino hacia delante, desesperado por acercarme a ella, por olerla, por observarla, por tocarla, por dejarme envolver por su belleza e inocencia. La *necesito*. Como nunca he necesitado nada.

Me duele el corazón mientras la veo detenerse al borde del escenario. Está hablando consigo misma, dándose ánimos.

Esta chica no está cumpliendo el trámite. Se está preparando para dar a los fans un espectáculo de verdad.

Siento que estoy presenciando algo privado, algo íntimo, pero no puedo apartar la mirada. Simplemente la observo mientras unas grietas dentadas atraviesan mi endurecido interior, desgarrándome como un terremoto. El viejo Cash, seco y roto, se desmorona en pedazos, cayendo al suelo mientras un nuevo Cash, despierto y consciente, emerge de entre los escombros.

Estoy temblando entero mientras ella salta al escenario, con un aspecto vital y lleno de vida. El público la adora. La vitorean y aúllan, listos para un gran espectáculo.

Dice unas cuantas palabras alegres al micro que no alcanzo a oír por culpa del violento latido de mi corazón en mis oídos.

Algo me está pasando. Siento que algo se apodera de mí mientras la veo cantar.

Me siento diferente. Me siento... revivido.

Es ella.

Siento que todo cambia con cada segundo que mis ojos están puestos en ella. Estoy renaciendo mientras la veo tocar.

La vieja forma de hacer las cosas se ha acabado.

Es hora de que vuelva a importarme algo.

Es hora de que me importe.

Y es hora de conseguir a esa chica y hacerla mía.

CAPÍTULO DOS

Lola

Esto es una locura. Hay muchísima gente.

Es como un océano de rostros sonriéndome, cantando mis canciones, bailando mi música. Es increíble. Es asombroso.

Hay tanto ruido que mis entrañas vibran al son de los vítores mientras termino *El alma gemela de mi alma*. Puedo sentir las vibraciones a través de mis pies. Me duelen las mejillas de tanto sonreír mientras contemplo asombrada a la multitud que ruge.

Me giro hacia mi baterista, Rachel, y sonrío. Ella me guiña un ojo. Me estaba asustando un poco entre bastidores, ya que esta es, con diferencia, la multitud más grande ante la que he tocado jamás, y ella me ha ayudado a calmarme.

—No se trata de ti, Lola —me ha dicho—. No es tu trabajo ponerte nerviosa. No es tu trabajo centrarte en ti misma. Ellos están aquí para divertirse y bailar en un espectáculo de rock, y tu trabajo es dárselo. Céntrate en ellos, no en ti, y estarás bien.

Le devuelvo el guiño y me vuelvo hacia el público respirando hondo. Hay muchísimos. Sigo sin poder creer que esto me esté pasando a mí. Que mis sueños se estén haciendo realidad por fin.

Es una locura. Debo de ser la chica con más suerte del mundo. Al menos, así es como me siento.

—¿A alguien de aquí le gusta Galletas y brandy? —digo por el micrófono.

La multitud ruge frente a mí. *Oh, guau.* Siento que me arden las mejillas. Una ligereza en el pecho. La energía y la adrenalina me corren por las venas cuando la música empieza a sonar.

Ni siquiera sabía que alguien conociera esta canción. No es uno de mis sencillos. Es solo un tema divertido que me gustaba, pero no creía que a nadie más le fuera a gustar. Pero por la forma en que el público baila y se lo pasa de maravilla, jurarías que es el tema del año.

Es una canción difícil de tocar y me pongo un poco nerviosa cuando llega mi parte. Me aferro a la guitarra, casi deseando haber hecho caso al consejo de mi madre de dejar que Sasha tocara mi parte en su lugar. Soy bastante buena guitarrista, pero con los nervios haciéndome vibrar como la Campana de la Libertad, estoy un poco temblorosa.

—Te puedes quedar con tu whisky,

Te puedes quedar con tus dulces...

¡Dios mío! ¡Incluso se saben la letra!

Estoy tan conmovida que se me llenan los ojos de lágrimas mientras cien mil personas me devuelven cantando la canción que escribí en mi habitación de la infancia. Este es el momento más increíble de mi vida.

—Todo lo que necesito,

Son mis bizcochos y brandy.

Todo el mundo estalla en vítores mientras yo los acompaño y sigo cantando.

Esto es felicidad pura. Este escenario es el lugar para el que nací.

Lo estás haciendo bien. Sigue así. Mierda, he fallado esa nota. No pasa nada. Sigue adelante. El público está contigo. Diviértete. No estés nerviosa.

A la mierda con todo y a por todas. Mi tío dice eso. No sé qué significa y estoy segura de que él tampoco.

Respiro hondo mientras el estribillo se aproxima.

—La abuela a la mesa en la cocina de la granja,

Mirando por la ventana, sabes que lo echa de menos,

Viendo al abuelo correr de aquí para allá, siempre fue tan apañado.

Llorando por los viejos recuerdos con sus bizcochos y brandy.

Todo el mundo canta conmigo. ¡Digo, todo el mundo!

Me cuesta horrores no llorar. Espero que todo el mundo tenga un momento así en su vida. Donde todo encaja y es simplemente tan... perfecto.

El resto del espectáculo transcurre como un sueño. Estoy concentrada todo el tiempo, sintiéndome uno con la música, sintiéndome uno con el público.

Toda la experiencia desde que firmé con mi discográfica ha sido una lucha, pero esto... Esto ha hecho que todo valga la pena.

Hubo discusiones por mis canciones, por su orden en el álbum, por el título del disco, por la portada, incluso por mi ropa y mi pelo. Querían esculpir cada parte de mi personalidad, transformándome en un personaje en lugar de dejarme ser yo misma.

—Queremos que enfoques el ángulo de chica buena y virgen —dijo el productor musical, un tipo baboso llamado Sonny, en una reunión de negocios—. Haz como si fueras una virgen inocente. Finge que estás esperando a que llegue el hombre adecuado. No pasa nada por mentir.

Todavía recuerdo estar sentada allí, sorprendida y asqueada. De hecho, era virgen (y todavía lo soy). No había nada que fingir, ya que estaba esperando a que llegara el hombre adecuado, un alma vieja y sabia que me cautivara en una historia de amor mágica e irresistible. Supuse que Sonny simplemente dio por hecho que me acostaba con cada hombre que se cruzaba en mi camino.

Me prometí a mí misma en aquel momento que, sin importar lo que pensarán, digan o con lo que me amenazarán, simplemente iba a ser yo misma. Si querían, bien, y si no, también. Pero no han vuelto a decir ni una palabra, ya que, de todos modos, soy de por sí el tipo de «chica dulce y agradable de al lado».

Saludo al público y sonrío mientras rugen y aplauden, colmándome de amor y afecto. Ojalá pudiera bajar allí y abrazar a cada uno de ellos.

—¡Os quiero, Tennessee! —grito y todos vuelven a estallar. Esto es muy divertido. Es como si fuera la directora de mi propia orquesta de cien mil personas.

Veo a mi representante, Karen, saludándome desde el lateral del escenario. Me está haciendo la señal de que es hora de irse. Candice and The Crows son los siguientes. Tengo muchas ganas de verlos actuar. Espero que el equipo de bastidores me deje verlos desde un lateral del escenario.

Todavía no puedo creer que me haya perdido la actuación de Cash Edwards. Es mi favorito. Estoy colada por él desde que tenía doce años.

Aún tengo sus pósteres colgados en mi habitación en casa de mis padres y me niego a quitarlos. De verdad espero poder conocerlo.

Un saludo más y salgo corriendo del escenario.

—Ha sido perfecto —dice Karen mientras coge mi guitarra—. De verdad estás encontrando tu estilo como artista.

—No puedo creer que todo el mundo se supiera la letra de Galletas y brandy. —Estoy asombrada por todo. Por que el espectáculo saliera bien, por que se supieran la letra y por que el público *todavía* me esté vitoreando.

—Por supuesto que se la saben —dice mientras me guía hacia la parte de atrás—. ¡Todo el álbum es increíble! Estás en camino de convertirte en un icono. Una verdadera fuerza de la naturaleza vocal.

Ignoro sus cumplidos y sigo hacia atrás. Eso es de lo que nadie te advierte. Lo que de verdad tienes que vigilar. Todos a mi alrededor me colman de elogios. No puedo escucharlos y que se me suba a la cabeza. Tengo que recordar de dónde vengo. Tengo que recordar quién soy.

Mi increíble banda me alcanza y nos tomamos un momento para celebrarlo con un gran abrazo grupal.

—¡Habéis estado increíbles! —les digo—. Muchísimas gracias. No tengo ni palabras.

—Ha sido divertido —dice Rachel con una sonrisa—. Tú, chica, eres una artista de los pies a la cabeza.

—¡Y tú eres una baterista de los pies a la cabeza!

Caminamos hacia mi camerino riendo, pero la sonrisa se me borra de la cara cuando lo veo a *él* mirándome.

Él = Cash Edwards.

En la vida real. Mirándome a *mí*.

Siento un escalofrío cálido al ver esos intensos ojos marrones que tan bien conozco enfocados en *mí*. Está apoyado en una columna de metal con las manos en los bolsillos, mirándome sin ningún pudor.

Mis pies se detienen poco a poco.

—¿Qué pasa? —dice Rachel al verme la cara. Mira hacia donde yo miro y suelta un chillido—. ¡Es Cash Edwards! Dios mío. ¡Dios. Mío!

Se acerca corriendo y da saltitos frente a *él* con entusiasmo. Rachel es impresionante, pero *él* ni siquiera la mira. Sus ojos están completamente centrados en *mí*.

—¡Soy una gran admiradora suya, señor Edwards! —dice ella mientras *él* me mira fijamente—. ¿Puedo hacerme un selfi?

Él acepta, pero no la mira a ella ni al teléfono que le está poniendo frente a la cara.

¿Qué está pasando?

Cash Edwards, la superestrella del country, el icono, el amor de mi vida, mi ídolo, el hombre con más talento del mundo, me está mirando como si fuera suya. Puedo sentir la posesión que emana de esa mirada, envolviéndome como una manta cálida en una noche fría.

Miro detrás de *mí*, segura de que voy a ver a Patty Wilmington o a Cassidy Cline o a cualquier otra de las cantantes de country más guapas, populares y talentosas allí de pie, pero no hay nadie. Me está mirando a *mí*.

Tengo que ir allí. *No puedo*.

Él toma la decisión por *mí* y se acerca primero.

Dios, es sexy. Es increíblemente atractivo. Lleva unos pantalones marrones y una camisa negra de botones con suficientes botones desabrochados como para que pueda ver la parte superior de su pecho. Su cabello castaño está despeinado y tiene la barba de varios días por todas las mejillas y su mandíbula fuerte, pero le queda bien.

Le queda bien. Cualquier aspecto le queda bien a este hombre tan guapo.

—Eres Lola Lively —dice con esa voz profunda y ronca que ha hecho que mujeres de todo el mundo se enamoren de él.

Tiemblo mientras intento encontrar mi voz. —Lo soy.

Sabe mi nombre. ¡Cash Edwards sabe mi nombre de verdad!

—Tienes una voz impresionante —dice asintiendo.

Contengo el grito que intenta brotar de mi pecho. —¿De verdad?

Él asiente y mis ojos bajan hasta el borde afilado de su mandíbula. Me estremezco mientras sigo la línea hasta su boca. Sus labios son tan sensuales. Tan sexis. Es posible que haya besado estos mismos labios docenas de veces, solo que estaban en el póster que tengo en la pared.

Sigo sin poder creer que esté aquí. Quiero tocarlo para asegurarme de que es real.

—Te estaba viendo actuar —dice con sus ojos oscuros fijados firmemente en mí—. Eres única. Algo muy especial.

He tenido muchos momentos destacados en mi carrera hasta ahora —escuchar mi canción en la radio por primera vez, ver mi disco a la venta en el centro comercial, firmar mi primer autógrafo—, pero escuchar esas palabras de aliento salir de la boca sexi de Cash Edwards está en el primer puesto de la lista, con diferencia.

—He sido una gran admiradora suya —le digo sin intentar parecer que me deshago en elogios, pero no lo estoy logrando demasiado bien. Probablemente tenga corazoncitos en los ojos ahora mismo mientras lo miro asombrada—. Fue una gran inspiración para mí mientras crecía. Me hice cantante por usted.

Mi representante, Karen, se acerca y me coge del brazo. ¿En serio? Esta mujer siempre mete las narices en mis asuntos en los peores momentos posibles.

—Tenemos que irnos ya —dice—. Tenemos que subirte al avión para estar en Nueva York para el espectáculo de esta noche.

Vaya, me había olvidado por completo de eso. Tengo programada una actuación en *The Live Tonight Show* con Jimmy Owens. Tenía muchas ganas de ir, pero ahora, lo único que quiero es quedarme

con Cash. No quiero irme. Por desgracia, el agarre de Karen es cada vez más fuerte.

—Vámonos —dice mientras empieza a tirar de mí.

Cash me agarra del otro brazo, manteniéndome en mi sitio. — Tengo que volver a verte.

Hay desesperación en sus ojos ardientes mientras lo dice, como si la idea de estar separado de mí lo estuviera aplastando.

—Venga a la fiesta de lanzamiento de Graham Marshall el jueves —le digo—. Es en su rancho en Austin.

—Allí estaré —dice mientras me mira con tal intensidad que hace que mi cuerpo tiemble—. Estaré esperándote.

Quiero decir algo inteligente, algo genial, algo sofisticado, pero lo único que alcanzo a articular es un «vale» antes de que Karen me arrastre lejos del hombre de mis sueños.

Nuestros ojos no se apartan el uno del otro hasta que doblo la esquina.

CAPÍTULO TRES

Cash

Soy como un animal salvaje dando vueltas por la suite de mi hotel. Solo han pasado tres horas. No sé cómo diablos pretenden que aguante tres días.

Tres días hasta que vuelva a verla.

Normalmente, estaría agarrando una botella, medio hundido en el sofá mientras dejo que la noche se consuma en mi entumecimiento, pero no hoy. Mi sed ha desaparecido. Mi apatía se ha evaporado. Es lo más raro del mundo: como si alguien hubiera accionado un interruptor y ahora cada terminación nerviosa de mi cuerpo estuviera chisporroteando. Es eléctrico. Siento un rugido en el pecho.

Me siento... *vivo*.

Y sé perfectamente por qué.

Lola Lively.

No puedo dejar de pensar en ella, de obsesionarme con ella.

Su voz melódica.

Su sonrisa angelical.

Sus ojos hipnotizantes clavados en los míos, cortándome la respiración. Deteniendo el tiempo. Nunca lo olvidaré. Fue el

momento que lo cambió todo. Fue el momento que me sacó de la profunda e implacable oscuridad.

El corazón me late a mil por hora mientras camino frente a los ventanales; las impresionantes vistas del horizonte nocturno de Tennessee se extienden ante mí.

No puedo quedarme aquí. Esta habitación de hotel me resulta asfixiante, demasiado estrecha. Siento que las paredes se me echan encima. Me dan ganas de estampar una silla contra el cristal para que me dé un poco de aire en la piel pegajosa.

Lo que daría por salir a caminar. Pero eso acabaría en un caos. Estaría rodeado de fans gritando, todos queriendo un pedazo de mí antes incluso de llegar a la señal de stop de la esquina.

No puedo dormir, no puedo sentarme, no puedo hacer nada más que vibrar con esta energía inquieta que me sacude como un jinete a lomos de una bestia salvaje. Su cara está grabada a fuego en mi mente y el pulso me retumba tan fuerte que parece que el corazón quiera salir catapultado de mi pecho.

Bret está medio dormido en mi sofá; lo agarro por el hombro y le doy una sacudida firme. —¡Bret!

Su teléfono le resbala por el pecho mientras se incorpora, con cara de confusión. —¿Qué pasa?

—Necesito el avión listo —digo con voz ronca y el pulso acelerado—. Tengo que volver a casa, a mi estudio. Ahora.

Se sienta y se frota los ojos con las palmas de las manos. —No se supone que nos vayamos hasta...

—Necesito volver a casa *ya* —le digo con desesperación en la mirada—. Me está brotando de dentro. Tengo que plasmarlo.

—¡Ah! —dice, despertándose de golpe mientras yo agarro mi funda de guitarra y la abro.

Saco mi Martin D-45 y me siento en la cama, rasgueando unos acordes mientras tarareo una letra a medio formar.

—Eso suena bien —dice Bret mientras revisa su teléfono—. ¿Es algo nuevo?

Lo ignoro y sigo trasteando, tratando de desentrañar la canción. Sé por experiencia que, si no la atrapo de inmediato, puede que se escape para no volver jamás.

Tengo una estrofa y un estribillo dando vueltas en mi cabeza cuando levanto la vista unos minutos después. Bret está empaquetando nuestras cosas.

—El coche está esperando abajo —dice Bret, con aspecto encantado de que por fin se me ocurra material nuevo después de tanto tiempo—. El avión estará listo cuando lleguemos al aeropuerto.

—Perfecto —digo mientras agarro la botella de Bourbon a medio terminar que hay en la encimera. Estoy a punto de darle un trago, pero en su lugar, la vacío en el fregadero y tiro la botella vacía al contenedor de reciclaje.

Bret me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

Normalmente, me quedo vacío después de un concierto. Suelo beber hasta que las voces desaparecen y los ojos se me cierran, pero en cambio, hoy vibro con energía suficiente para iluminar todo el hotel. Lo único que me calma, que me enfoca, es la idea de poner la pluma sobre el papel, de sentir las cuerdas bajo las yemas de los dedos, transformando esta obsesión abrumadora en música.

Escribiré una canción de éxito que podamos cantar juntos. Eso unirá a Lola conmigo para siempre.

Y en cuanto llegue a mi estudio de grabación en casa, haré exactamente eso.

Para cuando mi chófer entra en mi rancho de Texas, el sol asoma por encima de las montañas en el horizonte. Me dirijo directo a la puerta principal y asiento en respuesta a los alegres «buenos días» del personal. Me dejan en paz mientras cruzo el porche y subo las escaleras hacia mi despacho. El sol ilumina las motas de polvo que bailan alrededor de mi viejo escritorio. Mi guitarra original, toda baqueteada, está en el soporte del rincón, llamándome.

La levanto y deslizo los dedos por las cuerdas. Un solo acorde resuena por todo el despacho. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sentí hambre de escribir. Normalmente, es como

forzar las mismas palabras trilladas de siempre. Pero ahora, brotan de mí con la fuerza de un maremoto.

Las garabateo con la mente llena de imágenes de Lola. Rasqueo un par de cuerdas y la letra fluye directa al papel:

*Tu voz es miel que me recorre la espalda,
probarte es perder por fin la calma.
Necesito tus labios en este corazón vacío,
quemándome hasta que sea todo mío.*

Trabajo en ella hasta bien entrada la noche. Hasta que sé que es perfecta.

Solo la perfección es digna de este ángel.

Por fin suelto la guitarra después de medianoche. Las yemas de los dedos me arden por las cuerdas. Pensé que los días de dolor en los dedos habían quedado atrás. Pensé que estaban curtidados y llenos de callos. Que nunca volvería a forzarlos así.

El escozor sienta bien. Es un tipo de dolor nostálgico.

Miro el papel arrugado que tengo delante; letras garabateadas y tachadas, un desastre de tinta negra.

Tarareo la canción en voz baja una vez más.

Es buena.

Cierro los ojos e imagino a Lola de pie frente a mí, cantando estas palabras con su dulce voz melódica. Me flaquean las piernas de solo pensarlo.

*Desliza tus manos sobre mi piel,
sumérgeme y que empiece lo infiel.
Un sabor tan dulce, un cuerpo ideal,
te haré gemir hasta ser mi final.*

Puedo imaginar sus mejillas sonrojadas por la timidez al leer por primera vez esta letra cruda y cargada de deseo. Es tan erótica. Tan real.

Esto es música para concebir. Esto es lo que quiero oírla cantar. Lo que quiero que me diga.

Necesito oír esas palabras saliendo de su boca: lo inocente con lo sucio, lo angelical con lo diabólico. Me estoy poniendo duro de solo pensarlo.

Miro de reojo la botella de Bourbon sin abrir que hay en el rincón. Normalmente, brindaría por el final de una canción con media botella. En su lugar, camino hacia allí y lo tiro todo —el whisky, la cerveza, los cigarrillos— directamente a la basura. Se acabó. Ya no necesito esa mierda. La tengo a ella.

Ya no necesito aliviar el dolor de la existencia. No cuando existir con ella en el mundo es tan malditamente dulce.

En tres días, en la gran fiesta de lanzamiento de Graham Marshall en su rancho, volveré a verla por fin. Mi cerebro ya está hilvanando fantasías: acorralarla en algún lugar privado, apretarla contra la pared. Quizá le susurre esta letra al oído y vea cómo se le ponen las mejillas rosas. La idea hace que la sangre me arda.

Hace que se me ponga la polla como una piedra.

En lugar de la botella, envuelvo mi miembro erecto con las manos y empiezo a masturbarme. Pensando en ella. Pensando en el jueves...

No puede llegar lo suficientemente pronto.

CAPÍTULO CUATRO

Lola

Siempre me pongo muy nerviosa en estas fiestas de famosos. El síndrome del impostor me está pegando fuerte mientras recorro el largo camino de entrada hacia las puertas gigantes de esta mansión de locos.

Graham Marshall es realaleza del rock and roll. Fue el vocalista de Cyanide Twist durante dos décadas y ahora va en solitario tras el desafortunado fallecimiento del otro miembro principal de la banda, el guitarrista y cantante Niles Walker. Han pasado cinco años desde que Graham lanzó un álbum y, por lo que he oído, al parecer es increíble. Esta gigantesca fiesta llena de estrellas es para celebrar su lanzamiento.

Todo el mundo quiere a Graham. Se ha portado muy bien con mucha gente. Siempre resulta inspirador y le encanta reunir a todas estas personas creativas y con talento.

Mi primer contacto con él fue cuando un vídeo mío cantando una versión acústica de *De ti, para ti* en la Feria de Huntington se hizo miniviral. Me envió una amable carta escrita a mano instándome a continuar con mi carrera musical y a no rendirme nunca, ya que tenía «talento de verdad». Casi me muero. Esa carta sigue enmarcada en la pared de mi dormitorio.

—No puedo creer que esto esté pasando —dice mi guitarrista, Sasha, mientras mira a su alrededor con los ojos muy abiertos y una gran sonrisa en la cara.

—Madre mía —dice mi bajista, Clyde, mirando los diversos Ferrari y Lamborghini aparcados en la enorme rotonda de adoquines frente a la mansión—. Ese es Drippy Don.

Miro hacia allá y veo a la estrella del hip hop sentado en el capó de un Bugatti amarillo mientras habla por teléfono. Esto es surrealista.

Rachel se agarra de mi brazo y sonrío mientras caminamos. —¿Crees que Cash estará aquí?

—No lo sé —me encojo de hombros con inocencia, pero mis nervios rebotan como electrones zumbando. No he dejado de pensar en él en toda la semana.

—Vi la forma en que te miraba —dice ella con una sonrisa—. Va a estar aquí.

Dios, eso espero.

El corazón me late con fuerza mientras miro mi ropa. No tenía ni idea de qué ponerme y, tras probarme cada conjunto de mi armario al menos una vez, me decidí por una minifalda negra brillante, una camiseta de tirantes gris de diseño que enseña apenas un rastro de escote y unas botas de vaquero negras. También llevo mi collar de oro favorito que me regalaron mis padres cuando me gradué en el instituto. Es sencillo y probablemente la joya menos cara de toda esta propiedad, pero lo adoro.

Llevo el pelo rubio suelto y ondulado. Creo que tengo buen aspecto. Espero tener un aspecto lo bastante bueno para Cash.

—Bienvenidos a la residencia Marshall —dice el más grande de los cuatro porteros gigantes, abriendo la puerta cuando llegamos.

—Gracias —digo, sonriendo mientras entro con mi banda.

El lugar es inmenso. Incluso más grande de lo que parece desde fuera.

Nunca he estado en una casa como esta. La casa en la que crecí cabría en esta entrada. Probablemente podrías comprar mi maldita casa de la infancia con solo uno de esos cuadros que cuelgan de la pared.

—Dinastía Xing —dice Clyde mientras lee una pequeña placa dorada junto a un jarrón gigante al lado de la gran escalera estilo Titanic—. ¿Cuánto crees que vale esto?

—Más que tu vida —dice Rachel mientras él agarra el borde y mira dentro—. *No* lo rompas.

—Ni siquiera lo toques —digo mientras me acerco corriendo, lo cojo del brazo y lo aparto. Clyde es un bajista increíble, pero es un poco torpe. No quiero tener que explicarle a Graham Marshall que hemos roto su jarrón chino de valor incalculable.

Seguimos el ruido hacia el sanctorum interior de la mansión. El pulso se me acelera. El salón principal está abarrotado y la fiesta continúa en el patio trasero, alrededor de la piscina enterrada iluminada, junto a las numerosas barras, y repartida por el rancho de la parte de atrás con las vistas a las montañas oscuras bajo el cielo estrellado.

DJ Jonkie —e/ DJ Jonkie que tiene la canción del verano— está detrás de una mesa de mezclas rodeado de un grupo de mujeres hermosas que observan cada uno de sus movimientos.

Gray Ridley —el gran productor de cine— está en un rincón sumido en una conversación con Angstrom Briggs y Kristen Adler, dos de las mayores estrellas de Hollywood.

Los paparazis matarían por estar aquí dentro. Mire donde mire, me encuentro con caras familiares. Y no familiares porque los conozca en la vida real, sino porque los he visto en la televisión y en internet.

—Esto es una locura —dice Rachel mientras me agarra el brazo—. Mira junto al piano. Es Tristan Rowe.

Sonrí al mirar y ver al cantante de la banda de indie rock Stranger Danger. —Ve a hablar con él.

—No podría —dice ella, haciendo una mueca—. Me moriría.

—Esta es la clase de noche en la que puede pasar cualquier cosa —le digo, esperando tener razón—. Tristan tendría suerte de tener a una chica como tú.

—Sí, claro —dice ella, sin dejar de mirar. Noto que se lo está pensando. La noche es todavía joven. Quizá después de una copa o dos, reúna el valor para ir allí y hablar con él.

—¿Adónde ha ido Clyde? —pregunta Sasha, mirando a su alrededor presa del pánico.

Se me cae el alma a los pies al ver que ha desaparecido. Clyde tiene suerte de ser un maestro con el bajo o lo habría despedido hace mucho tiempo. Es uno de esos creativos despistados que viven en su cabeza y van por ahí chocando contra el mundo real.

Oímos un estruendo como el de una bandeja cayéndose y cristales rompiéndose y, por supuesto, hay un revuelo, y por supuesto, Clyde está en medio de él, pidiéndole perdón a la camarera ruborizada.

—Iré a por él —digo con un suspiro mientras empiezo a caminar hacia allí.

—No —dice Rachel, sujetándome el brazo—. Tú ve a buscar a Cash. Yo me encargaré del patoso.

Es tan buena amiga. Le sonrío mientras se dirige allá, dispuesta a cantarle las cuarenta a Clyde.

—¡Lola! —dice Graham cuando me ve—. ¡Lo has logrado!

Estoy en un estado de choque surrealista mientras el mismísimo Graham Marshall, leyenda del rock and roll, se acerca con los brazos abiertos y una gran sonrisa de bienvenida en la cara. Me besa en ambas mejillas, se echa hacia atrás y me dedica esa gran y hermosa sonrisa suya.

—Estoy muy feliz de que hayas podido venir —dice—. Siéntete como en casa. Coge lo que necesites.

Lo que necesito es un rollo de papel de cocina y una escoba para ayudar a Clyde a limpiar el desastre que ha hecho, pero no menciono eso.

—Gracias por invitarnos —le digo, devolviéndole la sonrisa—. He traído a mi banda. Espero que esté bien.

—¡Claro que sí! —dice él, sonriendo—. Sin nuestras bandas, no somos nada.

—Eso es lo que siempre le digo yo —dice Sasha, interviniendo con una sonrisa coqueta—. Soy Sasha. Su guitarrista principal.

Se dan la mano y veo que surge una chispa entre ellos. Empiezan a hablar de guitarras y yo empiezo a sentirme como un cero a la izquierda.

—Voy a por una copa —digo, retrocediendo mientras ellos discuten juguetonamente sobre qué es mejor, una Gretsch White Falcon o una Collings D2H. Ni siquiera se dan cuenta de que me voy.

Busco con la mirada a ya sabes quién mientras me dirijo a la barra. Rachel me alcanza justo cuando pido un vino blanco y ella le dice al camarero que sean dos.

—Ese chico es una vergüenza —dice ella, negando con la cabeza—. Deberíamos haberlo dejado en el coche.

—Probablemente habría encontrado la forma de conducirlo hasta la piscina —digo, riendo entre dientes.

Cogemos nuestro vino y salimos fuera. Es una noche cálida con una brisa fresca, con la galaxia de estrellas brillando sobre nuestras cabezas mientras las estrellas de la Tierra se mezclan y charlan a nuestro alrededor. Realmente es surrealista. Si los chicos del instituto pudieran verme ahora...

—Ahí está —susurra Rachel—. Al lado de la hoguera.

Respiro hondo, intentando calmar los latidos de mi corazón antes de darme la vuelta.

Sé que una vez que me gire y lo vea, se habrá acabado. Ya no estaré en la fiesta con mis amigos y todas estas estrellas. Solo estará él. No podré concentrarme en nada más.

Y quiero que la anticipación dure. Esta es la mejor parte. Como cuando era niña en la mañana de Navidad, esperando a que mi madre y mi padre nos dijeran que podíamos bajar las escaleras. Mi hermana y yo esperábamos unos momentos extra, estirando esa maravillosa anticipación para que durase más. La emoción era siempre la mejor parte.

—Dios, es tan sexy —susurra Rachel, con los ojos fijos en él.

Mi resolución se hace añicos y me doy la vuelta con el pecho agitado.

En cuanto lo veo, todo iluminado por el cálido resplandor del fuego, se me eriza el vello de los brazos y de la nuca. Decir que es sexy es poco. Este hombre tiene un aspecto icónico.

Un deseo cálido inunda mi cuerpo de la cabeza a los pies y todo lo que hay en medio mientras lo miro con asombro. Cash Edwards.

El único hombre por el que me he colado. El único hombre que he deseado.

Está de pie junto al fuego hablando con Blake Gentry, otro cantante de country que lleva ahí toda la vida. Cada pocos segundos, mira hacia la casa, como si buscara a alguien.

Sé en mi corazón que me está buscando a mí.

Quiero estar allí parada junto a él, oyendo esa voz profunda y ronca, oliendo su colonia, hablando con él, aprendiendo de él y ahogándome en esos suaves ojos marrones. Ahí es donde pertenezco: junto a ese hombre maravilloso.

Pero mis pies no se mueven. Todo lo que puedo hacer es mirar mientras mi cuerpo tiembla de nervios.

—Vamos para allá —dice Rachel en tono firme.

Como no me muevo, me agarra del brazo y empieza a tirar. —Ahora mismo.

—Vale —susurro, más para mí misma que para ella.

Mantengo los ojos fijos en Cash mientras caminamos, sintiendo el calor del fuego a medida que nos acercamos.

—¡Lola! —dice alguien, sacándome de mi ensimismamiento.

Los ojos sexys de Cash —todos iluminados y brillantes por el fuego— se clavan en mí. Me estremezco ante la intensidad de esa mirada. La forma en que me está mirando. La posesión en esos ojos feroces. Es como si ya le perteneciera. Como si ya fuera suya.

—¿Cómo estás? —dice la persona, interponiéndose en mi camino. Corta la visión sexy del hombre al que he venido a ver y me entran unas ganas irresistibles de poner las manos en su pecho y empujarlo con todas mis fuerzas para poder ver de nuevo los ojos marrones y lujuriosos de Cash—. ¡He oído que lo petaste en el Festival de Country de Tennessee!

Finalmente levanto la vista hacia la persona y le dedico una sonrisa tensa al ver que es Jason Channing. Es un actor en una serie popular de vampiros al que conocí cuando estaba rodando un anuncio para una organización benéfica que recaudaba dinero para un hospital infantil. Es amable, pero realmente no quiero charlar con nadie ahora mismo. No puedo concentrarme en nada que no sea Cash.

—Sí, fue genial —digo, tragando saliva—. Un público increíble.

—¿Está en YouTube? —dice él, sacando su teléfono.

—Yo tengo el enlace —dice Rachel, viniendo al rescate—. Ven, te lo enseñaré.

Ella lo agarra del brazo y se lo lleva. Dios, adoro a esa chica. No lo ha visto en su vida, pero está interviniendo y sacrificándose por el equipo. Es una compañera de primera.

Cuando Jason deja de estorbar, veo a Cash de pie, muy derecho, mirándome con unos ojos tan llenos de anhelo y ternura que parece que estuviera desnudando su alma allí mismo, al aire libre. Se siente íntimo y crudo, como si estuviera viendo algo que no debería, pero no puedo apartar la mirada. Sé que este es un momento que recordaré para siempre.

Trago saliva y camino entre la multitud. Él sale de su trance hipnotizado y se apresura a venir a mi encuentro.

—Hola —digo, incapaz de dejar de sonreír mientras estoy parada frente a él, mirando hacia esos preciosos ojos marrones.

—Hola —dice él, mirándome de arriba abajo, bebiéndome como si no pudiera creer del todo lo que está viendo.

Es aún más sexy de cerca, vestido con una sencilla camiseta negra, vaqueros gris oscuro y botas de vaquero negras. Vamos vestidos de forma muy parecida: ambos con botas de vaquero negras y ropa del mismo color, solo que a la inversa. Sé que probablemente sea solo una coincidencia, pero mi mente salta de todas formas a una conclusión salvaje: es porque estamos destinados a estar juntos. Es una señal. *Obviamente.*

—Estás tan guapa —dice mientras me recorre lentamente con la mirada, asimilando cada centímetro—. En realidad, guapa no es suficiente para describirte. Parece que me he despertado en un sueño.

—Yo me siento un poco como si estuviera en un sueño ahora mismo.

Él inclina un poco la cabeza, sin apartar los ojos de los míos. —¿De verdad? Yo siento que por fin estoy despierto.

Nuestros ojos están trabados el uno en el otro, como si no pudiéramos apartarlos. Mis labios se curvan en una sonrisa ante la

locura de todo esto y él también sonríe.

—Deberías poner eso en una canción —le digo con una sonrisa coqueta—. Es una buena frase.

—No, esa es solo para ti —susurra mientras me toma de la mano.

Un escalofrío cálido me recorre ante la sensación de tener sus manos suaves y fuertes rodeando la mía.

—Pero sí tengo una canción que me gustaría compartir contigo —dice mientras me aleja de toda esta gente. Miro hacia atrás para asegurarme de que Rachel esté bien y se está riendo de algo que Jason ha dicho. Se da cuenta de que me voy y me guiña un ojo de forma alentadora. Yo le devuelvo la sonrisa.

—Una canción nueva... —digo mientras nos alejamos de la fiesta hacia la tranquilidad del rancho—. ¿Significa esto que podremos escuchar otro álbum increíble de Cash Edwards? He estado esperando otro álbum durante años.

—No me he sentido creativo en mucho tiempo —dice—. Así que esto ha sido una sorpresa muy bienvenida.

—¿Qué ha cambiado?

Se detiene y se gira hacia mí. Yo también me detengo, mirando sus ojos de ensueño mientras me toma la otra mano. La música y la charla de la fiesta suenan amortiguadas aquí fuera, mezclándose con el sonido de los grillos y el susurro del viento. La única luz es la de la luna plateada, que otorga a sus ojos un brillo etéreo.

—Conocerte a ti —dice—. Me ha abierto en canal. Lo ha cambiado todo. Solo han pasado tres días, pero ya ha salido medio álbum. Eres mi musa, Lola. Eres mucho más que eso. No puedo dejar de pensar en ti.

Inclino la cabeza mientras estudio su rostro, intentando ver si me está tomando el pelo.

No hay nada más que honestidad pura en su cara. Quizá un poco de desesperación desbocada.

Noto que no es una frase ensayada. No me está diciendo lo que quiero oír solo para meterse en mi ropa. Lo noto por la forma en que me agarra las manos, como si fueran anclas que impidieran que se

fuera a la deriva. Lo noto por la ternura en su voz y el cautiverio en su mirada ardiente.

Mi representante, Karen, probablemente me diría que estoy siendo ingenua. Que me estoy convirtiendo en un blanco fácil para los seductores del mundo, pero ella no está aquí ahora y, de todos modos, no me importa. A veces hay que arriesgarse en la vida, y eso es lo que voy a hacer esta noche.

Cash es un buen hombre. Él no es así. Nunca he oído nada sobre él acostándose con un montón de mujeres. No hay fotos de él con jovencitas famosas del brazo. Ni reputación sobre él y las grupies. Siempre me pregunté por eso. A veces, tarde por la noche, fingía que estaba soltero porque me estaba esperando a mí. Era una fantasía, pero ahora mismo...

Parece que era el destino.

—Escribí una canción para nosotros —dice, pareciendo de repente un poco tímido—. Para que la cantemos juntos.

Trago saliva, sin dar crédito a mis oídos. —¿Ah, sí?

Sus ojos brillan mientras asiente. —Se llama Calor Country.

—Quiero oírla.

—¿Cuándo? —pregunta él.

Diviso los establos de caballos a lo lejos y empiezo a tirar de él hacia allí. —¡Ahora mismo!

CAPÍTULO CINCO

Cash

Lola abre las puertas del establo, me agarra de la mano y me arrastra hacia el interior.

Me tiene fascinado. No me canso de esta chica. La obsesión me está dominando. Es como si se hubiera grabado a fuego en mis huesos. Se ha quedado grabada en mi alma. Su presencia llena cada rincón vacío de mi ser, haciéndome sentir como si su luz me estuviera consumiendo.

—Mira todo esto —dice ella, con su encantadora voz llena de emoción mientras contempla a todos los caballos en sus boxes. Los establos son de primera categoría, magníficamente contruidos, y brillan bajo las hileras de farolillos colgados a lo largo del pasillo principal. Es precioso.

Los caballos empiezan a levantarse y a asomar sus grandes cabezas para ver quién ha venido de visita. La risa alegre y la sonrisa arrebatadora en el rostro de Lola mientras va de caballo en caballo, saludando y acariciando a cada uno, hace que me flaquee las piernas.

Esta chica es increíble. Es malditamente perfecta.

Otra melodía suena en mi cabeza, esta vez sobre una chica que es pura luz. La archivo en mi mente para volver a ella más tarde e

intento centrarme en el aquí y el ahora.

Mi chica está acariciando a un caballo negro y le sonrío con la sonrisa más deslumbrante que he visto en mi vida. Me la bebo con la mirada: desde sus sexis botas de vaquera negras hasta su minifalda brillante que abraza sus deliciosas caderas, llegando hasta su camiseta de tirantes gris que realza sus pechos de una forma capaz de detener mi dolorido corazón. Tiene el pelo rubio suelto y ondulado, con un aspecto despreocupado y salvaje... igual que ella. Quiero hundir mis manos en él. Quiero olerlo. Quiero robarle un mechón para guardarlo como recuerdo de este momento impagable.

Me sonrío y esos labios carnosos y sensuales me hacen la boca agua. Tengo que probarlos. Necesito besarlos. Su boca es el paraíso puro. Lo sé. Apuesto a que cantar es la tercera cosa más emocionante que podemos hacer con esa boca.

—Me encantan los caballos —dice mientras pasa al siguiente—. ¿Tú tienes alguno?

—Tengo seis —respondo mientras echo un vistazo a los establos. El edificio de mi propiedad es más grande que este, pero Graham tiene más caballos. Puedo ver al menos una docena aquí dentro.

—¡Oh, me encantaría conocerlos! —dice ella mientras mira al caballo marrón que tiene al lado.

—Los conocerás —le prometo.

Sonríe tímidamente mientras me mira. Un instante cálido y pecaminoso surge entre los dos hasta que ella aparta la vista, con las mejillas sonrosadas.

—¿Cuándo voy a poder escuchar esa canción? —pregunta.

—¿Vas a cantarla conmigo?

—Puedo intentarlo —dice, encogiéndose de hombros y provocándome un gemido. —¿Qué dice la letra?

—La tengo aquí —digo con voz profunda y ronca mientras me acerco, sintiéndome como un lobo a punto de abalanzarse sobre su inocente presa. Sin embargo, ella no se acobarda ni huye. Se mantiene firme, sonriéndome con entusiasmo mientras llego a su lado y saco el papel con la letra escrita a mano.

Ella lo coge y lo lee con atención.

Me quedo mirando su rostro: sus ojos recorriendo las líneas, sus labios entreabiertos, la forma en que su respiración se acelera un poco al leer las palabras subidas de tono que escribí solo para ella.

—*Oh* —dice al llegar a la parte buena. Se sonroja, adquiriendo un adorable tono rosado mientras sigue leyendo.

Finalmente, cuando termina, levanta la vista hacia mí con el rostro encendido como si acabaran de follársela. Hay excitación y deseo en sus impresionantes ojos verdes, aunque está haciendo todo lo posible por ocultarlo.

—Nunca... he cantado una canción... como esta. —Apenas puede articular las palabras. Se la ve tan dulce e inocente. Tan tímida, como si la hubieran pillado mirando algo prohibido.

—Cántala para mí —digo con voz espesa y gutural mientras le cojo la mano—. Nadie más tiene por qué oírla. Solo quedará entre nosotros... y los caballos.

Se lame los labios y casi me desplomo ante esa imagen tan sexi. Llevo días soñando con esa lengua y todo lo que puede hacer.

—Está bien —dice—. Hay una guitarra allí.

Giro la cabeza y veo una vieja guitarra rayada apoyada contra una pared de madera. Le falta una cuerda, pero eso nunca me ha detenido. Una vez estaba en el escenario y se me rompieron dos cuerdas a la vez y aun así terminé la canción.

La cojo y me paso la vieja correa deshilachada por el hombro mientras vuelvo con ella. Le doy un rápido rasgueo para afinarla mientras ella repasa la letra.

—¿Necesitas verla? —pregunta, ofreciéndome el papel.

Niego con la cabeza. —Me la sé de memoria.

Cojo dos taburetes y los acerco. Ella se sienta en uno y yo en el otro, intentando no fijarme en lo bien que se ven sus piernas cuando la minifalda se le sube por los muslos.

Mis dedos rasguean las cuerdas, llenando el establo con el inicio de nuestro próximo éxito. Es una canción hermosa, sexi y llena de pasión. Observo cómo esa tensión contenida en su cuerpo se desvanece a medida que las notas la alcanzan y sus tentadoras caderas empiezan a balancearse.

La introducción es toda mía. Ella entra en la primera estrofa.

Mis ojos están fijos en sus suaves labios rosados mientras empiezo a cantar con voz baja y ronca.

*"Entró como un pecado nunca confesado
Labios rojos, piel suave, vestido ajustado."*

Ella apenas ha tomado aire, acariciándose el cuello mientras escucha. Mis dedos bailan sobre las cuerdas mientras continúo.

*"Dijo que nunca la habían tocado así
Ahora estoy de rodillas, hambriento por su beso."*

Toco la estrofa mientras ella se lame los tentadores labios y empieza a cantar, bajo y sensual.

*"Dijo: iré despacio, nena, me tomaré mi tiempo
Pero sus manos decían «mía», su boca decía «mía»
Desnudó mis miedos con el encaje de mi tanga
Y lo dejé entrar donde no debo entrar a nadie."*

Su voz me provoca escalofríos. Aunque yo escribí la letra, oírla cantármela con esa voz dulce y succulenta me transforma. Cada palabra tira de mi alma. Su voz se filtra en mis venas, mejor que cualquier bebida o droga que haya tomado jamás.

Nuestras miradas se encuentran mientras cantamos el estribillo al unísono, sus tonos sugerentes encendiendo un fuego en mí que creía muerto hacía mucho tiempo.

*"Nos movimos como si fuéramos a quemar el suelo
Los susurros se volvieron gruñidos, los ruegos se volvieron más
Cuerpos enredados, gritos sin aliento
Primer sabor, último aliento, sin coartadas."*

Mi cuerpo arde mientras la escucho cantar la siguiente estrofa, con esos labios deliciosos moviéndose de la forma más hipnótica. No puedo pensar en otra cosa que no sea poseerla. Aquí mismo. Ahora mismo. Mi polla se endurece y me duele al pensar en lo bien que se sentirían esos labios envueltos en ella.

Me olvido de entrar en el siguiente verso. Estoy demasiado distraído con la idea de las piernas desnudas de esta belleza sobre mis hombros, con mi boca enterrada entre ellas saboreando su dulzura.

Me mira con esos sexis ojos verdes, sonrojándose mientras yo sigo tocando. Vuelvo a tocar los acordes y canto mientras ella

intenta no mirar cómo se mueve mi boca.

Necesito a esta chica. Nunca he necesitado nada como la necesito a ella. Es el sol de mi universo. La letra de mi canción. Ella lo es todo para mí y no quiero dejarla ir nunca.

Termino la estrofa y luego volvemos al estribillo, cantando juntos.

Estamos hechos el uno para el otro. Somos dos mitades de un mismo todo. ¿Qué otra cosa explicaría lo increíble que sonamos a pesar de ser la primera vez que cantamos juntos? ¿Qué más podría explicar estos sentimientos tan intensos que tengo... como si mi alma se retorciera y diera vueltas con cada mirada que me dedica?

Ella termina la canción, y su voz ronca baja hasta convertirse en un susurro. Estoy hipnotizado mientras la observo, inclinándome hacia ella.

*"Sin pasado, sin vergüenza, solo sudor y piel
Y el tipo de amor que arde como el pecado."*

Está cantando solo para mí, bajo y con secreta complicidad, como si me confesara sus deseos más profundos y oscuros. El calor pulsa en mi interior. Mi polla dura late. No voy a salir de estos establos sin besarla. Con suerte, algo más. Estos caballos están a punto de presenciar otro espectáculo y no incluirá ninguna canción.

*"No solo hicimos el amor, prendimos fuego
Cuerpos doloridos, empapados en deseo."*

Su voz se apaga mientras termino la canción con mi guitarra, con mis dedos ralentizándose mientras mi corazón se acelera.

He cantado con docenas de mujeres a lo largo de los años. Algunas de las más talentosas que han pisado la tierra. Algunas de las más bellas que han existido.

Pero nada se compara con esta chica. Nada.

Está en un nivel completamente distinto.

Solo espero que nunca se dé cuenta de lo mucho que me supera.

Pero una cosa es segura. Voy a pasar cada momento hasta el último intentando ser el hombre que ella se merece.

Mis dedos rasguean suavemente, dejando que la canción se desvanezca. Cuando termina, ambos nos quedamos ahí sentados, mirándonos con asombro.

No creo que ninguno de los dos se crea del todo lo que acaba de pasar. La obra maestra que acabamos de crear juntos.

Así es como debió de sentirse Jimi Hendrix después de tocar en Woodstock, o Freddie Mercury tras el Live Aid. Es como debió de sentirse Leonardo Da Vinci tras dar la última pincelada a la Mona Lisa o Miguel Ángel al contemplar por primera vez su estatua del David terminada. Siento que acabamos de crear algo especial. Algo eterno. Algo legendario.

Y ha sido solo para nosotros.

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras miro sus vidriosos ojos verdes, con el aire a nuestro alrededor cargado de calor. Hasta los caballos están en silencio, respetando este momento místico y encantador.

—Ha sido precioso —susurra ella, emocionada—. Me encanta.

Siento una conexión con esta mujer como nunca antes la he sentido con nadie. He estado viviendo mi vida como una estatua. Algo que la gente admira pero que no ve de verdad. Algo a lo que adoran pero que nunca conocen realmente. Impenetrable por fuera, y duro y frío por dentro.

Y esta mujer acaba de romperme. Me ha hecho pedazos. Está mirando a mi verdadero yo y, por una vez, no tengo miedo. No me estoy alejando. Estoy agradecido y quiero más.

Se me humedecen los ojos y se me hace un nudo en la garganta. No he llorado en décadas, desde que mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años, pero ahora las lágrimas están brotando.

Me doy la vuelta, avergonzado, a punto de limpiármelas con disgusto, pero ella me coge de la mano y me doy cuenta de que no tengo que ocultarle mis sentimientos. No tengo que ocultarle nada.

Sonríe con calidez mientras alza la mano y me acaricia la cara, limpiando la humedad de mi ojo con su suave pulgar.

—¿Escribiste eso pensando en mí? —pregunta.

Asiento mientras mi cuerpo vibra, en carne viva y desesperado. Eres lo único en lo que pienso.

Sus ojos se suavizan y sus labios se entreabren. Me acerco y ella no se aparta ni gira la cabeza. Ella también se inclina hacia delante, gimiendo cuando nuestras bocas se encuentran.

Saboreo su lengua suave y cálida y el pulso se me acelera, sabiendo que este es el primero de muchos, *muchos* besos.

Cierro los ojos mientras profundizo en el beso, explorando su boca mientras ella gime contra la mía. Solo me aparto para poder quitar esta guitarra de entre nosotros, quitándome la correa y bajándola al suelo.

En cuanto desaparece, mis manos vuelven a estar sobre ella, nuestros labios moviéndose como uno solo. Pasa sus manos temblorosas por mis brazos hasta mis hombros mientras yo le sujeto el cuello, manteniendo su boca contra la mía.

No hay vuelta atrás. Estoy obsesionado. Soy suyo. Y ella es mía.

Me sabe a todo lo que siempre he querido y nunca pensé que tendría, y me está volviendo loco, destrozándome con cada dulce presión de sus labios y cada pequeño y sexy gemido.

Hundo las manos en su suave pelo rubio, amando la forma en que sus rizos me hacen cosquillas en la piel. Doy un pequeño tirón a sus mechones sedosos y ella suelta un gemido sexy que me saca de quicio.

—Te deseo —gruño en su oído mientras nuestros cuerpos se acercan más, borrando toda la frustrante distancia que nos separa.

—Te he deseado toda mi vida —susurra ella de vuelta.

La cojo y la siento en mi regazo, besándola profundamente mientras el aroma embriagador de su perfume llena mis pulmones, prendiendo fuego a mi sangre.

Mi polla es una barra de acero entre nosotros, pero ella no intenta apartarse cuando se presiona contra su muslo. Solo me besa con más fuerza, atrayendo mi boca a la suya.

Apoyo la mano en su rodilla, pero intentar mantenerla en su sitio es casi imposible. Se desliza por su muslo desnudo, metiéndose entre sus piernas.

—*Oh, Cash* —susurra, gimiendo sobre mi boca mientras abre las piernas para mí—. Nunca he hecho nada parecido.

Esperaba que la personalidad de chica virgen y tímida de al lado no fuera solo una actuación, y ahora sé con certeza que no lo es. Es tan inocente y virtuosa como soñé que sería.

—Nunca me he enamorado antes —le digo—. Nunca me he sentido así.

—Oh, Cash —gime mientras me agarra de la camisa y atrae mi boca hacia la suya.

Sigo deslizando la mano por sus piernas abiertas, bajando por debajo de su minifalda hasta que siento el *calor*. Está caliente y húmeda y tan excitada como yo.

Trago saliva con dificultad, se me hace la boca agua mientras paso las yemas de los dedos por su monte húmedo. Está cubierto por sus bragas, pero mi contacto aun así la hace temblar y gemir. Aun así hace que mi polla me duela por la necesidad.

—Esa es mi chica —gruño mientras deslizo los dedos por dentro de sus bragas y las aparto a un lado—. Así es como te quiero. Bien *húmeda*.

Se agita y convulsiona en mi regazo cuando la toco de nuevo, esta vez sin nada de por medio. Está tan húmeda. Tan suave. Tan completa y absolutamente *mía*.

—*Sí* —gime débilmente, mordiéndose el labio inferior mientras empieza a balancearse sobre mi polla, gimiendo y sollozando mientras juego con su coño. Recorro sus suaves pliegues y froto su pequeño clítoris. Tanteo su estrecho agujero virgen y luego gruño al deslizar un dedo dentro.

Su agarre se aprieta en mi camisa mientras hundo el dedo hasta el nudillo. Es tan jodidamente sexy. Las caras que pone... Sus ojos apretados, sus labios abriéndose y mordiendo... Sus piernas empiezan a temblar mientras deslizo el dedo dentro y fuera, cubriéndolo con su flujo.

—Te sientes tan bien —gruño en su cuello—. Tu coño es tan *estrecho*.

—*No pares* —gime, agarrándome la muñeca y apretándola mientras la mantiene en su sitio.

—Ahora soy tu hombre —le digo mientras presiono la base de la palma de mi mano sobre su clítoris, aumentando la presión—. ¿Entiendes eso?

—*Sí* —gime, arqueando la espalda con un grito.

Sus tetas se alzan hacia mi cara y las beso a través de la camisa hasta que ella se desespera y se baja la camisa y el sujetador, liberando sus pechos. Caen frente a mí y la hermosa vista me deja sin aliento. Mis manos están ocupadas —una sujetándola, la otra haciéndola gemir— así que uso la boca, tomando su perfecto pezón rosado entre mis labios y moviendo la lengua sobre el pico tenso y sensible. El sonido que hace... *Dios mío*... Es el cielo puro y el pecado, todo en uno.

—*Oh, Cash* —gime mientras desliza sus dedos en mi pelo, sujetándome la cabeza. Beso y lamo su otro pecho, preguntándome qué habré hecho para tener tanta suerte.

—Eres lo más sexy que he visto en mi vida —digo mientras mis ojos hambrientos recorren su cuerpo. Sus pechos desnudos botan mientras balancea su cuerpo, con las piernas abiertas en mi regazo mientras su estrecho coño se aferra a mis dedos. Desearía tener una cámara. Desearía poder grabar este momento. Pero eso lo arruinaría. Tendré que esforzarme al máximo para memorizar cada exquisito detalle que pueda.

—Quiero *más* —gruño poseído mientras saco mi mano húmeda de entre sus piernas. Suelta un grito tan fuerte que uno de los caballos resopla agresivamente, como si dijera: «¡Perdonad! ¡Estamos *intentando* dormir aquí!».

—¿Qué haces? —dice, con la desesperación marcada en la voz. La cojo y la llevo hasta los montones de heno apilados junto a la pared. La bajo sobre uno mientras ella me observa con esos brillantes ojos verdes llenos de lujuria, de deseo y necesidad.

Le abro las piernas con suavidad y ella no me ofrece ninguna resistencia. Mis ojos bajan a su coño y se me corta la respiración cuando lo veo por primera vez, asomando por sus bragas. Es tan rosado. Tan hermoso. Brilla como una flor cubierta por el rocío de la mañana. La visión me estremece hasta la médula. Nunca he visto nada tan hermoso. Tan seductor. Nunca he querido nada más en toda mi vida.

Trago saliva con dificultad mientras le quito las bragas. Junta las piernas mientras se las saco por encima de sus sexys botas de

vaquera y me las meto en el bolsillo. Estas se vienen conmigo a casa. Las he reclamado. Ahora son mías.

Me arrodillo y le abro las piernas; su aroma y su imagen me vuelven loco. Me quedo mirando su cálido y jugoso coño todo el tiempo que puedo antes de que mi necesidad se imponga y me acerque para devorarlo como una bestia hambrienta.

Lola echa la cabeza hacia atrás y grita cuando pongo mi boca sobre ella, saboreando su cálida miel por primera vez. El calor se extiende por mi pecho, haciendo que mi polla *palpite*; estoy tan jodidamente excitado. Nunca he estado tan duro antes. Nunca me ha superado tanto la lujuria.

Deslizo la lengua por su cálida hendidura y la introduzco en su pequeño y estrecho orificio. Grita mientras juego con ella, devorando su coño como si hubiera estado esperando toda mi vida por ello, y así es.

—Oh, Dios mío —grita mientras pongo mi mano sobre la suya. Entrelazamos los dedos y me aprieta la mano mientras paso la lengua arriba y abajo por sus pliegues, saboreando su calor resbaladizo.

Su sabor lo es todo: dulce, adictivo, una obsesión pura. Quiero escribir una canción adorando su coño, pero esa canción sería solo para mí. No dejaría que nadie la escuchara.

La cabeza de Lola cae hacia atrás, un gemido salvaje y sin aliento surge de su garganta. A medida que cada estremecimiento de placer se vuelve más feroz e intenso, le lamo el coño con más rapidez y le succiono el clítoris con más fuerza.

Sus piernas empiezan a temblar. Su agarre se aprieta en mi mano. Mi chica está a punto de correrse...

Sus sexys sollozos y gemidos me espolean. Me vuelven loco. Mi polla está dura como una piedra, pero solo estoy centrado en ella. En su placer, en su sabor, en su precioso y pequeño coño virgen que está a punto de estallar.

Quiero que se deshaga. Quiero que se ahogue en placer. Quiero que recuerde este momento para siempre, igual que haré yo.

—Córrete para mí, preciosa —susurro entre lametazos—. Por toda mi boca.

Arquea la espalda y grita tan fuerte que los caballos se unen a ella, relinchando y resoplando por los belfos.

Tomo en mi boca todo lo que puedo de su cálido coño y gruño cuando se corre por todas partes. La miel caliente golpea mi lengua y casi pierdo la cabeza al ver cómo tiembla y se agita, con esas hermosas tetas botando con cada movimiento.

Sabe tan bien. Se ve aún mejor.

La asombrosa visión me anula. Estoy *perdido*. Nunca volveré a ser el mismo.

Esta chica me ha cambiado irrevocablemente para siempre.

Nunca querré a nadie más. *Jamás*.

—Eres *divina* —susurro mientras me echo hacia atrás, recorriéndola con mis ojos voraces. Aún puedo saborearla. Cada aliento que inhalo llena mis pulmones con su aroma a miel. El pulso me retumba por el cuerpo, haciendo que se me erice el vello de los brazos.

—Y tú...

Se ve interrumpida cuando oímos voces al otro lado de la puerta.

—¡Mierda! —digo mientras me levanto, ayudándola a bajar del montón de heno.

Ella se mete rápidamente los pechos de nuevo en la camisa y se estira la falda mientras las voces se hacen más fuertes.

—Por aquí —digo, cogiéndola de la muñeca y tirando de ella hacia la puerta trasera. Suelta una risita mientras corremos por delante de los molestos caballos que intentan dormir.

—¡Lo siento, chicos! —les dice mientras pasamos—. ¡No quería mantenerlos despiertos!

La puerta se abre, pero salimos por detrás antes de que nos vean. Miro por encima del hombro mientras escapamos en la noche y veo a un rapero entrando con uno de los camareros.

—Ha faltado poco —dice Lola, sonriendo mientras se gira hacia mí. Sus ojos brillan bajo la luz de la luna. Su piel está sonrosada por el orgasmo.

La empujo contra la pared del edificio y la beso tan bien que gime y se derrite contra mí.

La brisa fresca se siente eléctrica en mi piel acalorada, pero es esta chica increíble la que me tiene trastornado. No puedo creer que sea real. No puedo creer que sea mía.

—¿Deberíamos volver a la fiesta? —susurra mientras le acaricio la cara, mirándola a los ojos—. Debería ver cómo están mis amigas.

Memorizo este momento perfecto, sabiendo que volveré a él por el resto de mi vida.

—Está bien —digo mientras la tomo de la mano—. Pero no te separarás de mi lado.

Ella sonríe y me besa en los labios. Trato hecho.

CAPÍTULO SEIS

Lola

—¿Por qué tienes la espalda llena de heno? —me pregunta Rachel en cuanto me ve.

—Ay, porras —digo, escondiéndome tras una planta tropical gigante en el salón—. ¿Puedes quitármelo?

Se ríe mientras empieza a quitarme briznas de heno de la camisa y del pelo. —Supongo que las cosas han ido bien con el señor Cash, ¿no?

Mi cuerpo se estremece involuntariamente ante la sola mención de su nombre.

Ella se ríe. —Me lo tomaré como un sí.

Ha ido más que bien. Ha sido... *mágico*.

Vuelvo a estremecerme al pensar en cómo sentía su boca caliente sobre mí, en la forma en que sus manos posesivas, tan llenas de deseo y necesidad, me agarraban, las palabras sexis... Ha sido demasiado.

Nunca antes había tenido un orgasmo así. *Nunca*. Me he tocado de vez en cuando y he llegado al clímax, pero siempre eran... minúsculos. Eran como pequeñas señales insignificantes. Esto ha sido un terremoto de magnitud cinco. Esto ha sido un volcán en erupción.

Todavía siento el cálido resplandor inundando mis venas mientras observo a Cash al otro lado de la sala. Está hablando con un productor discográfico de alto nivel que le ha suplicado un minuto de su tiempo. Cash no quería dejarme sola, pero le he dicho que fuera. Que yo buscaría a Rachel y que ya nos veríamos luego.

Se ha marchado a regañadientes, pero no deja de girarse y mirarme con esos intensos ojos marrones, asegurándose de que no me voy a ninguna parte. Me encanta lo posesivo que es. Sé que no debería. Mi madre me enseñó a ser una mujer fuerte e independiente, pero perderme en Cash siento tan bien... Hay algo en dejar que un hombre poderoso cuide de mí que resulta extrañamente atractivo.

—Bueno, ¿adónde os habéis escapado? —pregunta ella mientras me acicala, quitándome trozos de paja del pelo como si fuéramos dos chimpancés de fiesta.

—Por ahí —digo, queriendo guardarme los detalles picantes para mí—. ¿Dónde están los demás?

—La última vez que vi a Sasha, se estaba enrollando con Graham Marshall.

Giro la cabeza de golpe, abriendo la boca por la sorpresa. —¿Ah, sí? ¡Qué bien! —Se notaba la química entre ellos. Me alegro de que a mi amiga le vaya bien.

—¿Y Clyde?

Rachel suspira.

—¿Qué?

—No te asustes.

—¿Qué ha hecho?

Rachel sacude la cabeza mientras me quita heno de la espalda y lo tira a la maceta. —Ha tomado setas con el batería de Raging Heart On.

—Madre mía —digo, tapándome los ojos—. Es un auténtico bochorno. ¿Para qué lo habremos traído?

—Bueno, han salido corriendo hacia el rancho y no han vuelto, así que...

—No estoy segura de si eso es mejor.

—No está aquí rompiendo cosas ni tirándose desde el tejado a la piscina, así que yo creo que sí.

Los ojos castaños de Cash se clavan en mí y parece un poco asustado al no encontrarme. Salgo de detrás de la enorme planta y él exhala aliviado cuando me ve sonreírle. Es tan mono... No puedo evitar sonreír de oreja a oreja mientras el productor le habla a la cara a Cash, pero él tiene toda su atención puesta en mí.

—No deja de mirarte —dice Rachel con una sonrisa—. ¿Ha ido bien?

—Muy bien —respondo, guardándome los detalles—. Ha escrito una canción para nosotros.

—¿De verdad? ¿A qué te refieres?

—Ha escrito un dueto para él y para mí —le cuento, sin terminar de creerme que sea cierto.

—Vaya.

Me río de su cara de asombro. Rachel pone las expresiones más divertidas sin querer. —¿Y es buena?

—Es increíble —digo, estremeciéndome al recordar lo que sentí al cantar una canción tan íntima con el hombre por el que he estado colada casi toda mi vida—. Va a ser un éxito.

Y no solo un éxito. Va a ser una de esas canciones atemporales que perduran para siempre. Sonará mucho después de que yo me haya ido. Mucho después de que mis nietos se hayan ido. Es así de buena.

—Joder —dice ella, mirando a Cash—. Estás a punto de pasar al siguiente nivel, Lola.

—*Estamos* a punto de pasar al siguiente nivel —digo, enganchando mi brazo al suyo—. Ahora ya nada puede detenernos.

En cuanto digo eso, Clyde y su nuevo amigo pegan un grito desgarrador mientras cruzan el jardín corriendo, en pelotas. Todo el mundo deja lo que está haciendo y se queda mirando con asombro hasta que desaparecen en la oscuridad, aullando como locos. Entonces, todo el mundo estalla en carcajadas y vuelve a la fiesta, charlando, bebiendo y bailando.

En todo momento, los ojos de Cash no se apartan de mi cuerpo. Vuelvo a estremecerme, disfrutando cada segundo.

—Ven a casa conmigo —dice Cash cuando la fiesta está llegando a su fin. El sol empieza a salir, apagando las estrellas mientras la luz recorre el vasto e infinito cielo con los tonos de rosa y azul más brillantes que he visto nunca.

La música suena bajito y por toda la propiedad hay parejas entrelazadas o pequeños grupos de gente charlando. Los camareros están recogiendo. Un tío se ha quedado frito al lado de la piscina.

—Alguien debería moverlo —digo, posponiendo la propuesta de Cash mientras observo al hombre inconsciente—. Podría rodar y ahogarse.

Estamos sentados en un sillón grande y cómodo en el enorme patio, con mi brazo sobre sus hombros y mis piernas descansando sobre las suyas. Coge mis piernas, las aparta y se levanta. Sonrío mientras lo veo caminar hacia el hombre.

Cash es más alto que yo, con un cuerpo esbelto y musculoso. Me encanta. No es enorme y voluminoso como un culturista profesional. Es perfecto, al menos para mí.

Se inclina, agarra al tipo y luego se echa hacia atrás aprovechando el impulso para levantarlo. Se lo echa al hombro y lo lleva hasta una tumbona a la sombra. Sonrío al ver cómo lo tumba, poniéndolo de lado para que no se atragante si se marea.

—Gracias —le digo cuando regresa.

Se sienta a mi lado y me besa la sien. Es un gesto tan dulce y cariñoso que, aunque esta noche ha estado llena de momentos románticos y bonitos, este es mi favorito. Hace que sienta un hormigueo por dentro.

—Ven a casa conmigo —repite.

Quiero hacerlo. De verdad. Pero tengo una entrevista a la una. Mi madre va a estar allí y mi representante Karen también. No quiero que piensen que me he acostado con el primero que ha pasado, aunque ambas lo entenderían perfectamente si diera plantón a la entrevista para acostarme con Cash Edwards.

—Debería volver con mis amigos —digo, aunque no están a la vista. Sasha está con Graham, y Rachel por fin se armó de valor para hablar con Tristan Rowe y creo que se ha ido con él. No tengo ni idea de dónde está Clyde. Estoy segura de que ni el propio Clyde sabe dónde está Clyde.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —pregunta con urgencia en la voz—. No puedo esperar otros tres días.

Sonríó mientras acaricio su cara y beso sus labios. Los labios de *Cash Edwards*. *El* Cash Edwards. Todavía no me lo creo.

—Te *necesito* —dice con un gemido sexi.

Eso me hace darme cuenta de lo mucho que yo también lo necesito a él.

—Esta noche —digo, y él se anima como un perro al que acaban de ofrecerle un hueso. Me río.

—Iré a tu casa —le digo. La entrevista es en Houston, así que estaré por la zona—. Podemos ensayar esa canción.

Sonríe mientras aprieta el agarre en mi cadera. —Es una cita.

Me lamo los labios y vuelvo a besarlo. —No puedo esperar.

CAPÍTULO SIETE

Lola

—Vaya —susurro cuando mi chófer se detiene ante la casa de Cash. Es una locura. Parece un castillo tejano situado en el rancho más espectacular que he visto en mi vida.

Me pregunto si algún día tendré un lugar como este. Y entonces empiezo a sonrojarme, preguntándome si algún día viviré en *este mismo lugar*.

Si las cosas salen bien, puede que así sea...

—¿Quieres que espere por aquí? —me pregunta Vince, el parlanchín chófer, mientras me abre la puerta. Cash ha enviado un servicio de coche de lujo a recogerme, ya que todavía no tengo el carné—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

El corazón me late con fuerza al pensarlo. Con suerte, desayunaré aquí, pero no se lo digo.

—Estaré bien, Vince —le digo, dándole cien dólares de propina al bajar del coche—. Gracias por traerme.

—¡Oh, vaya, gracias! —dice él, sonriendo mientras yo subo los majestuosos peldaños hacia las enormes puertas dobles.

Una de ellas se abre y Cash sale, con un aspecto increíblemente sexy con una camisa negra de cuello, vaqueros oscuros, un sombrero de vaquero negro y los pies descalzos. Esos ojos... Dios,

causan un efecto tan potente en mí. Me recorren escalofríos de calor por todo el cuerpo.

—Hola —digo, acercándome a él. No estoy segura de cómo saludarle, pero él elimina la incomodidad rodeándome la cintura con el brazo, atrayéndome hacia él y besándome hasta que todo mi cuerpo se derrite. Dios, cómo echaba de menos estos labios...

—¡Tú eres Cash Edwards! —dice mi chófer, mirándole con la boca abierta—. ¡No me lo puedo creer!

Cash fuerza una rápida sonrisa y luego le da la espalda, intentando hacerme entrar.

—¿Me puedo hacer un selfi?

Veo que Cash pone los ojos en blanco cuando está a punto de cerrar la puerta, pero yo interpongo el pie y la bloqueo.

—Es muy amable —le digo, suplicándole con un pestañeo—. Solo será un segundo.

Se nota que no quiere, pero lo hace por mí. —Acabemos con esto pronto.

—Sube, Vince —le digo, haciéndole una señal con una gran sonrisa.

Se le ve muy feliz mientras sube las escaleras a saltos. —Mi sobrina es una *gran* fan.

—Qué bien —dice Cash con desdén mientras mira la puerta por encima del hombro.

—Llámalas —le digo yo.

Vince abre mucho los ojos. —¿*En serio?*

—Sí, hazle una videollamada.

Está temblando de emoción mientras llama a su sobrina. —¿*Qué pasa, tío V?* —dice ella cuando responde. Parece que está en casa de alguna amiga o algo parecido, porque hay unas cuatro o cinco chicas pasando el rato en una habitación rosa.

—Mira con quién me he cruzado —dice él, plantándole el teléfono a Cash en la cara.

—¡*No puede ser!* —grita su sobrina. Las otras chicas ven quién está al otro lado de la línea y empiezan a chillar también.

Me río y sonrío mientras le doy un toquecito a Cash con la cadera. Él exhala un suspiro largo y profundo.

—Hola —dice, saludando con la mano de forma un poco torpe—. ¿Podemos entrar ya?

—Ni hablar —digo yo mientras cojo el teléfono para hablar con las chicas—. ¿Cuál es vuestra canción favorita de Cash Edwards?

—*¡Tú eres Lola Lively!* —grita la chica, con los ojos como platos.

¡Oh, saben quién soy! ¡Qué ilusión me hace!

Las otras chicas empiezan a volverse locas todavía más. Vince sonríe de oreja a oreja. Va a ser el Tío del Año después de esto y lo sabe.

Paso el brazo por los hombros de Cash y sostengo el teléfono en alto para que salgamos los dos en el encuadre. Ese corazón de hielo empieza a descongelarse cuando ve todo el entusiasmo al otro lado del teléfono.

—Decidnos vuestra canción favorita —les digo.

Todas empiezan a gritar los éxitos de Cash.

—*¡Con el agua al cuello!*

—*La chica de mi pueblo.*

—*¡Roto y magullado!*

—¡Sí! —digo, entusiasmada al oír mi canción favorita—. Roto y magullado. ¿Queréis que os cantemos un trocito?

Parece que están a punto de desmayarse.

—Esa canción no —empieza a decir Cash, haciendo una mueca—. *Odio esa canción.*

—A mí me *encanta* —digo yo, animándome.

—*Entré en aquel bar de mala muerte* —canto, imitando la voz ronca de Cash—, *buscando al hombre que me dejó esta cicatriz.*

Las chicas chillan de alegría. La boca rígida de Cash se curva en una sonrisa.

—*Me robó a mi chica. Me destrozó el coche.*

Él se une a mí, cantando conmigo. —*Cree que es el dueño de este pueblo olvidado de la mano de Dios.*

Nos giramos y nos sonreímos, cantando por el puro placer de hacerlo.

—*Pero ha llegado la hora de acabar con Johnny Remington.*

Me encanta esta canción. Es muy divertida. Cantamos la siguiente estrofa y el estribillo, pasándolo en grande mientras las

chicas escuchan asombradas y Vince baila en los escalones.

—¿Qué os parece, chicas? —les pregunto cuando terminamos.

—¡*Increíble!* —grita la sobrina de Vince.

—¿A que este hombre es una leyenda? —les pregunto, dándole un beso a Cash en la mejilla. Todas vitorean dándome la razón.

Madre mía. He conseguido que Cash Edwards se sonroje.

—Ha sido un placer conoceros a todas —dice Cash, sonriéndoles—. Voy a enviarle a vuestro tío unos pósteres firmados, ¿os gustaría? Tengo que alejar el teléfono porque están gritando fortísimo.

Cash se limita a sonreír. Me doy cuenta de que no suele tener muchas interacciones con los fans como esta. Está encerrado en este castillo aislado en medio de la nada y probablemente olvida lo que es interactuar con sus seguidores. Solo son personas. Personas que le quieren. Para mí, esta es la mejor parte.

—Muchísimas gracias —dice Vince, juntando las manos cuando le devuelvo el teléfono—. Me acabas de hacer ganar muchísimos puntos de popularidad, no tienes ni idea.

Me río mientras Cash desaparece en el interior para ir a por unos pósteres. Los firmamos los dos en la escalera y luego Cash se los entrega a Vince.

—Perfecto —dice, pareciendo un poco decepcionado porque solo hay cinco. Justo uno para cada chica.

—Él también quiere uno —le susurro a Cash.

—*Oh* —dice él, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza—. Esto...

Se quita el sombrero de vaquero, lo firma y se lo encasqueta a Vince en la cabeza. La sonrisa de Vince es tan grande que me hace reír.

—Gracias, señor Edwards —dice él, bajando los escalones de espaldas y agachando la cabeza—. ¡Gracias, Lola!

Le saludo con la mano y luego me río al ver cómo corre hacia el coche y se marcha, todavía con el sombrero puesto.

—Eso ha sido divertido —digo, sonriendo a Cash.

Él asiente, pareciendo sorprendido de que lo fuera. —Sí. Hacía mucho tiempo que no hacía algo así.

—Bueno, pues vete acostumbrándote —le digo mientras le cojo de la mano y tiro de él para entrar—. Porque esa es mi parte favorita de ser famosa.

Me hace el recorrido turístico por su increíble casa, pero para cuando hemos mirado el decimotercer o decimocuarto dormitorio, ya he tenido suficiente. No se pueden ver tantas camas y cortinas antes de que todas empiecen a parecer iguales.

—Me he guardado lo mejor para el final —dice él, apretándome la mano—. Mi estudio de grabación.

Siento un hormigueo por todo el cuerpo. —Llévame allí ahora mismo.

Él se ríe mientras bajamos apresuradamente las escaleras hacia un ala nueva de la casa.

Me quedo hipnotizada al entrar y ver todo el equipo. Todos los instrumentos. Es *increíble*. Es mejor que el estudio que la discográfica me puso para mi primer álbum. Lo tiene *todo*.

—Creo que estoy en el cielo —digo mientras me siento ante la gigantesca mesa de mezclas, preguntándome para qué servirá cada interruptor y cada dial.

Me deja alucinada que él pueda despertarse en mitad de la noche con una idea, bajar hasta aquí y darle a grabar, logrando una grabación de calidad de estudio cuando quiera. Qué envidia. Este es, literalmente, mi sueño.

Nos perdemos allí durante horas. Los dos somos unos apasionados de los aparatos y hablamos y discutimos sobre cuál es el mejor equipo hasta que nos empiezan a rugir las tripas de hambre.

—Ay, vaya —dice Cash al ver la hora. Son las ocho en punto. ¿En serio llevo ya aquí cuatro horas? —Se nos ha pasado la reserva de la cena.

—Prefiero quedarme aquí —digo, mirando a mi alrededor—. Ni siquiera hemos llegado todavía a tu colección de guitarras.

Él sacude la cabeza mientras me mira como si no pudiera creerse que soy real. —Eres la chica de mis sueños, Lola. Espero que lo sepas.

Sonríó mientras me inclino hacia delante y presiono mi boca contra esos labios tan sexis y tan besables. —No dirás eso cuando le ponga las manos encima a tu colección de guitarras. Quiero probar todas y cada una de ellas.

Él se ríe. —Son todas tuyas. Lo que es mío es tuyo a partir de ahora.

Poco después, tenemos unas pizzas en camino y unas docenas de las guitarras más espectaculares que existen por el suelo a nuestro alrededor.

Estoy tocando una vieja Gibson, tarareando y rasgueando unos cuantos acordes mientras Cash coge una reluciente Fender Telecaster y se une a mí.

Se nos da de forma natural estar juntos. El rasqueo despreocupado se convierte en algo hermoso. Nos compenetramos, tarareando y cantando letras ocasionales que se nos pasan por la cabeza.

—Espera —dice él, levantándose de un salto y corriendo hacia la mesa de mezclas—. Quiero grabar esto.

Se vuelve a sentar y sonrío, dejando que yo tome la iniciativa. Empiezo en Sol, rasgueando suavemente mientras canto las palabras que brotan solas.

*—Nunca supe lo que el amor podía ser
siempre bailó fuera de mi alcance.*

Él se une a mí, dando profundidad al sonido con sus hábiles dedos. Asiento, animándole a que se una al canto.

*—Pero tu sombra se mueve como la poesía
en el borde de todo lo que necesito.*

Se me pone la piel de gallina. Me acelera el pulso. Su voz ronca es tan sexi. Contrasta de forma perfecta con la mía. Realmente formamos un equipo increíble.

Para cuando llega la pizza, tenemos casi toda la canción terminada. Estamos sentados a la mesa del estudio de música, comiendo directamente de la caja.

—¿En qué estás pensando ahora? —pregunto mientras levanto una porción grande de pizza, con el queso negándose a soltarse.

—¿Para la canción? —pregunta él, peleándose con su propia porción llena de queso.

—Estaba pensando más bien en... esto. En nosotros.

—*Oh* —dice, bajando su porción de pizza mientras me mira con esos impresionantes ojos marrones—. Te lo diría, pero...

—¿Pero qué? —pregunto, temiendo lo peor. Sabía que estar con Cash Edwards era demasiado bueno para ser verdad. No hay forma de que él quiera estar con una chica como yo cuando podría tener a cualquier mujer que elija. No soy sofisticada ni culta como algunas de las otras mujeres que he visto a su alrededor. Solo soy una chica normal de un pueblo perdido de Alabama.

Bajo la cabeza. De repente se me ha quitado el apetito.

—Pero podría asustarte —dice él—. No quiero que te agobies.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. —Seamos siempre sinceros el uno con el otro, Cash. Incluso cuando dé miedo.

Esos hermosos labios se curvan en una sonrisa. —Me gusta ese plan.

Doy un mordisco a la pizza y, por supuesto, un gran trozo de queso elástico me golpea la barbilla. Recordad lo que he dicho sobre no ser sofisticada...

Cash se acerca y me alarga una servilleta mientras intento limpiarme, sacudiendo la cabeza con vergüenza.

—Eres adorable —dice, observando cómo me quito los restos de salsa de tomate de la barbilla. No puede evitarlo y se inclina, dándome un beso suave y tierno.

—Cuéntame la parte que da miedo —digo cuando termino de masticar.

—Quiero algo más que una canción de ti —dice él.

—¿Quieres un álbum entero? —digo, sorprendida pero emocionada. Sería el honor de mi vida grabar un álbum con el gran Cash Edwards.

—Lo quiero *todo* —dice con ferocidad en el tono—. Quiero despertarme contigo cada mañana, Lola. Quiero que lo último que vean mis ojos al cerrarse sea tu rostro deslumbrante cada noche. Quiero poder llamarte durante el día y hablar contigo cuando quiera.

Quiero besar tus labios y cogerte de la mano. Quiero crear contigo. Música, hijos, una familia. Lo quiero todo.

Me da vueltas la cabeza cuando termina; la expresión de su rostro es pura y desesperada. Este hombre acaba de ponerlo todo sobre la mesa y está esperando a que yo responda. Parece torturado mientras espera mi respuesta.

Quiero sacarlo de su agonía diciendo que sí a todo, pero me he quedado sin aliento. Me he quedado sin palabras. ¿Cómo puede ser esto real?

Respiro hondo y le miro fijamente a los ojos—. Yo también quiero eso, Cash.

—¿Qué parte?

—Todo.

Sus hombros caen mientras toda la tensión se libera de su cuerpo. Exhala larga y profundamente, y el alivio florece en su rostro. —Gracias a Dios.

Dejo mi pizza de nuevo en la caja, me limpio las manos con la servilleta y luego me deslizo a su regazo.

Él también suelta su pizza y me rodea con los brazos, manteniéndome cerca.

—Mira lo que vamos a hacer juntos —dice, mirándome a los ojos—. Nuestra música, nuestra familia... El mundo aún no ha visto nada. Vamos a ser grandes.

—Icónicos —susurro sobre su boca.

Él sonríe—. Icónicos.

Lo beso y me siento tan... *bien*.

Como la canción perfecta que suena en el momento perfecto, cuando el mundo de repente parece mágico y surrealista. Así es como se siente estar con Cash.

Me muevo en su regazo mientras intensifico el beso, gimiendo cuando siento su erección larga y dura presionando contra mi muslo. Suelta el gemido más sexy que he oído jamás cuando ejerzo un poco de presión contra ella, y sé lo que quiero hacer.

Quiero *complacerlo*. Quiero chuparle su gran polla.

Él gruñe cuando me deslizo fuera de él, dejándome caer al suelo.

Sus ojos lujuriosos se oscurecen al verme agarrar su cinturón y abrirlo. Me lamo los labios —con el corazón a mil— mientras bajo lentamente su cremallera y deslizo mi mano dentro de sus vaqueros.

Madre mía...

Es grande. *Muy* grande.

Él deja escapar un gemido profundo y sexy mientras envuelvo mi mano alrededor de su tronco grueso y carnoso y lo saco.

—*Oh* —susurro cuando salta frente a mi cara, grueso y *duro*.

La base está oculta en sus vaqueros y aun así parece lo suficientemente grande como para desencajarme la mandíbula. Es enorme. Es impresionante. Su tamaño hace que se me corte la respiración. Recorro con la mirada cada centímetro palpitante y suelto un suspiro entrecortado al ver su glande brillando con el líquido preseminal. Una gota asoma por la hendidura, se desliza por su cabeza grande y redonda y cae en mi mano.

Siento un hormigueo en la piel, una mezcla estremecedora de nervios y expectación mientras sujeto su hermosa polla, sin querer soltarla.

—Deja que te lo ponga más fácil —dice con una voz ronca que nunca le había oído antes. Cash tiene una voz profunda y quebrada, todo el mundo lo sabe, pero esta voz gutural llena de lujuria es solo para mí.

Lo suelto mientras él se pone de pie frente a mí y se baja los pantalones.

—*Virgen santa* —susurro mientras me quedo mirando su enorme polla, hipnotizada. Parece aún más grande desde este ángulo. Larga y orgullosa, con dos testículos pesados colgando debajo, llenos y tensos como si estuvieran pidiendo a gritos un alivio. Es pura perfección masculina.

Trago saliva cuando vuelve a sentarse en su silla, con las piernas abiertas y la polla dura descansando sobre sus abdominales, mientras esos ojos marrones lujuriosos me observan con un calor tan posesivo que mi respiración se entrecorta. Mi cuerpo tiembla.

Me lamo los labios mientras me yergo un poco, con los ojos clavados en cada centímetro viril de la hermosa polla de este hombre.

¿Simplemente la agarro? ¿La lamo?

Mi mano se dirige a mi boca mientras medito mi siguiente paso y, sin pensar, lamo la gota de líquido de mi mano.

—*Joder*—gruñe él mientras me ve lamerlo. Su voz, el sabor, su imagen... todo hace que oleadas de calor recorran mi cuerpo.

Quiero más de *eso*. Quiero más de sus gemidos sexis.

Así que simplemente lo tomo con la mano y empiezo a acariciarlo, deslizando mi mano cerrada de arriba abajo por aquel tronco largo y duro.

Sus manos se aprietan en los reposabrazos mientras me observa, con la mandíbula tensa y los ojos encendidos.

Abro la boca y lo introduzco, gimiendo ante el sabor salado de su semilla. Es tan sexy. Tan jodidamente atractivo. No puedo creer que esté haciendo esto.

Tengo una polla en la boca por primera vez, y es la de Cash Edwards. Todo parece surrealista.

Surrealista, pero tan jodidamente *bueno*.

Gimo al metérmelo más *profundo*, sintiéndolo caliente y duro contra mi lengua. Aprieto los labios alrededor de su miembro, deslizando la cabeza arriba y abajo mientras le acaricio los testículos pesados.

—*Sí*—sisea él, con voz áspera y tensa—. Así mismo, preciosa.

Mi coño palpita cuando lo miro y veo la forma en que me observa. Sus ojos oscuros y vidriosos están llenos de una posesividad primaria mientras me mira como si nunca hubiera visto nada tan tentador en toda su vida.

Un impulso irresistible de hacer que este hombre se corra se apodera de mí; estiro más la boca y lo introduzco más *profundo*.

Su agarre se tensa en los reposabrazos mientras muevo mi lengua alrededor de su cabeza gruesa y luego pinto su miembro palpitante con la lengua, saboreando cada delicioso centímetro.

Vuelvo a meterlo en mi hambrienta boquita, acariciando y chupando, entrando en un ritmo constante que le hace gruñir y gemir con cada movimiento de mi cabeza.

No dejo de gemir porque se siente condenadamente *bien* en mi boca y porque me encanta lo tenso que parece, como si apenas

estuviera manteniendo el control.

Quiero que lo pierda. Quiero que se desmorone.

—*Oh* —gimo mientras tomo aire antes de hundirlo profundamente hasta el fondo de mi garganta. Me duele la mandíbula y se me saltan las lágrimas, pero no me detengo. Me muero por hacer que este hombre se corra.

—*Me cago en todo* —gruñe él, echando la cabeza hacia atrás. Cierra los ojos por un segundo, pero luego los abre de golpe y vuelve a fijarlos en mí, rebosantes de ardor, sin querer perderse ni un segundo del espectáculo.

—Has sido creada para mí, nena —gruñe mientras me muevo un poco más rápido, acariciando con un poco más de fuerza—. Esta polla ha sido hecha para ti.

Sé que es verdad. Estamos hechos el uno para el otro.

Empieza a removerse en su asiento, sus gruñidos son más fuertes y frecuentes. Me doy cuenta de que está cerca. Sé que estoy a punto de desarmarlo.

Me duele la mano mientras se la masturbo, moviéndola de arriba abajo al compás de mi boca, *necesitando* saborearlo. Necesitando que una parte de él se quede en mí para siempre.

—Me voy a correr —gruñe, con el rostro contraído por el placer o la agonía, no estoy segura de cuál de los dos, pero sé que no quiere que me detenga.

El corazón me late con fuerza mientras se la chupo más fuerte. Mi coño late con calor al metérmelo más profundo.

De repente, sus manos fuertes se hunden en mi pelo y me agarran la cabeza mientras me embiste en la boca, levantando las caderas de la silla. Un profundo gruñido gutural llena la habitación mientras descarga, corriéndose con fuerza en el fondo de mi garganta.

Suelto un quejido mientras agarro la base de su polla y mantengo su miembro pulsante en mi boca, sintiendo una oleada de semen caliente tras otra. Gimo mientras me trago cada gota.

Nunca olvidaré los sonidos sexis que hace mientras se corre en mi boca por primera vez. Debería grabar un álbum con *eso*. Todas

las mujeres apasionadas del mundo lo comprarían, pero me alegra ser la única que llega a escucharlo. Es todo para mí y solo para mí.

Su agarre sobre mi cabeza se relaja mientras se desploma en su silla, respirando con dificultad y gimiendo como una bestia adormecida. Tiene los ojos entornados, cargados de satisfacción mientras me ve acariciarlo lentamente. Hay algo primario en su mirada, algo posesivo y deshecho, como si acabara de arruinarlo de la mejor manera posible. De una manera que no se esperaba.

Sigo acariciando su polla suavemente, sin estar lista para soltarla del todo todavía.

—Tu boca —murmura mientras se pasa una mano por el pelo, alborotándolo— es un pedazo de cielo perfecto.

Sonríó pensando que eso podría ser una buena canción, pero no lo menciono ahora. Lo guardaré para más adelante.

Él se inclina hacia delante, me acaricia la mejilla con ternura y me da un beso suave y tierno en los labios. —Eres increíble —susurra.

Suelto su polla y sacudo mi mano acalambrada mientras me siento sobre mis talones, con el corazón atronando, los labios con hormigueo y el pecho subiendo y bajando con cada respiración temblorosa.

Mi coño está tan caliente y húmedo. Late como nunca antes. Quiere desatarse sobre este hombre para devorarlo por completo.

Aún no he terminado con él.

Y está claro que él no ha terminado conmigo.

Él se pone de pie, agarrando su polla todavía dura como una piedra, y me mira con una expresión tan hambrienta que me hace estremecer.

—Al dormitorio —gruñe—. Ahora.

CAPÍTULO OCHO

Cash

—¿En qué dormitorio? —pregunta Lola, retrocediendo ante mí como un cervatillo que huye de un lobo grande y hambriento—. He visto como treinta.

—En el más cercano —gruño mientras me subo los pantalones, guardando en ellos mi polla grande y palpitante. Abrocho el botón pero dejo la cremallera bajada y el cinturón abierto. No se quedarán puestos mucho tiempo.

Ella se da la vuelta, y su vestido blanco gira lo suficiente para que vislumbre fugazmente sus bragas rosas. Se me hace la boca agua y la polla me da un vuelco en los vaqueros. Los labios preciosos de esta chica tan guapa acaban de estar envueltos a su alrededor. Me la acaban de chupar hasta dejarme seco.

Pero ni de lejos he terminado con ella. Solo estoy empezando.

Abre la puerta de mi gimnasio y gime de frustración al cerrarla de un portazo.

—¿Dónde hay un dormitorio? —pregunta mientras abre la puerta de un baño y luego también la cierra de un golpe—. *¡Argh!*

Sonríó, sabiendo que mi chica necesita esto tanto como yo. Se muere de ganas.

—Ven aquí —le digo mientras avanzo hacia ella, con el corazón atronando en mis oídos y la polla doliéndome en los vaqueros. La cojo en brazos y la subo al dormitorio principal.

—*Sí* —gime cuando ve mi cama gigante. La deposito sobre ella y luego doy un paso atrás, encendiendo la chimenea. El fuego estalla con un *zumbido* y mi impresionante belleza queda súbitamente iluminada por el parpadeo de las llamas anaranjadas.

Se lame los labios mientras me ve desabrocharme la camisa, tomándome mi tiempo para aumentar la expectación. Dejo que resbale por mis hombros y caiga al suelo mientras el deseo arde en sus brillantes ojos verdes.

La quiero desnuda, pero no puedo superar la forma en que me está mirando. El fuego en esos ojos inocentes... Esta es la primera vez que ve a un hombre desnudarse para ella. Quiero que sea un momento que recuerde para siempre.

Me desabrocho los vaqueros y dejo que caigan al suelo, saliendo de ellos mientras me agarro la polla dolorida. Ella suelta un suspiro sensual al verla de nuevo, dura y lista para su estrecho y virginal coñito.

—¿Te gusta lo que ves, preciosa? —le pregunto, acariciándome mientras camino hacia la cama.

Ella asiente, sin apartar ni un segundo sus ojos ansiosos.

—¿Te está poniendo húmeda? —pregunto con un gruñido.

—Muy húmeda —susurra ella, con los dedos jugueteando nerviosos con el bajo de su vestido mientras observa mi mano subiendo y bajando por mi grueso miembro.

—¿Estás lista para que te quite ese vestido?

Traga saliva con dificultad y asiente. —Sí.

—Brazos arriba —le digo mientras agarro el borde inferior del vestido. Levanta los brazos y le paso el sensual vestido por la cabeza, lanzándolo sobre el banco de mi piano en la esquina.

Estoy listo para abalanzarme sobre esta chica y reclamarla como mía, pero me obligo a ir despacio. A seguir su ritmo. A ir con calma para la primera vez de mi chica.

—Estás impresionante —digo mientras doy un paso atrás, con las manos en sus caderas y mis ojos voraces recorriendo su cuerpo, que

no lleva más que el sujetador y las bragas—. *Mmmmm*.

Gimo cuando siento que sus manos envuelven mi polla de nuevo. Empieza a acariciarme mientras le agarro la mandíbula con firmeza y beso su boca, de forma profunda y hambrienta. Gime en mi boca, y sus caricias en mi verga se vuelven más apretadas y audaces. Todo de esta mujer me vuelve loco.

—No tienes ni idea de lo que me haces —le digo, agarrándola aún de la mandíbula—. No tienes ni idea de lo que quiero hacerte.

—Muéstramelo —susurra—. Estoy lista. —Esa lengüita tan sexy asoma por su boca y lame mi mano para luego sonreírme, como si me estuviera desafiando a hacer cada cosa sucia y guarra que se me pasa por la cabeza.

—Lo quieres —digo mientras suelto su mandíbula y agarro la parte trasera de su sujetador—. Lo tienes.

Abro el cierre y se lo quito del cuerpo, mirando con el corazón en un puño cómo sus turgentes pechos quedan libres. No rebotan mucho, pero son todos míos y son perfectos. Me lanzo sobre ellos mientras le agarro el culo, separándole las nalgas hasta que gime.

—*Oh, Cash* —gime ella cuando deslizo mi lengua caliente sobre sus pezones duros, metiéndome uno cada vez en la boca.

Su agarre se aprieta en mi verga, acariciándola de arriba abajo, de arriba abajo. Si sigue así, me voy a correr en su mano y quiero guardar cada gota para el dulce coño de esta chica.

Se estremece cuando deslizo la palma de mi mano por su vientre y dentro de sus bragas, sin detenerme hasta que mis dedos se deslizan sobre su hendidura húmeda. Beso su boca mientras le introduzco un dedo, amando la sensación de su estrechez vaginal.

Aparta la boca de la mía y gime cuando añado otro dedo, y su coño se cierra con fuerza alrededor de ambos.

Es tan suave. Tan húmeda. Tan cálida.

E increíblemente *estrecha*.

Solo puedo concentrarme en su coño apretando mis dedos mientras los deslizo hacia dentro y hacia fuera. Se olvida por completo de mi polla y me rodea el cuello con los brazos, abrazándome fuerte y gimiendo en mi oído mientras juego con su coñito caliente y húmedo.

—¿Cómo se siente eso? —le susurro al oído—. ¿Se siente bien, nena?

—Oh, joder —gime ella, temblando en mis brazos—. No pares.

Le masajeo un poco más su cálido coño y está a punto de perder el control cuando encuentro su clítoris y lo froto en pequeños círculos apretados.

Empieza a sacudirse contra mí; esos pezones duros rozan mi pecho de arriba a abajo, y se siente de maravilla.

—Muy bien, tumbate —le ordeno mientras retiro la mano.

Ella gime pero hace lo que le digo, dejándose caer sobre la espalda y observándome mientras me lamo su flujo de los dedos, gimiendo por el delicioso sabor.

—Esa es mi chica —digo mientras agarro sus bragas y se las bajo por las piernas. Tiene el vello rubio más bonito sobre su coño. Es la vista más impresionante que he tenido nunca.

—¿También vas a robar estas? —pregunta ella, apenas capaz de sonreír de lo excitada que está.

—Lo haré —digo, sin pizca de vergüenza—. Son *mías*. Igual que tú.

Le separo las piernas y me dejo caer en la cama, admirando su coño rosa de cerca antes de darle una lamida larga y lenta. Ella arquea la columna y grita mientras sigo, lamiendo su coñito caliente hasta que está a punto de correrse.

No tarda mucho. En cuanto empiezo a usar la lengua en su clítoris, suelta un grito y se corre por toda mi boca, con las piernas temblando y el cuerpo dando sacudidas. La lamo durante el intenso orgasmo, amando la sensación de darle tanto placer. Me encanta verla así. Juro que la haré correrse al menos una vez al día a partir de ahora. Con mi mano, con mi boca, con mi polla; no importa. Solo quiero verla así, ahogándose en una dicha ardiente.

Todavía está temblando en la cama cuando agarro mi polla dura y me acerco a ella, cerniéndome sobre su hermoso cuerpo. Ambos gemimos cuando arrastro la punta por su coño, y sus pliegues húmedos se abren para mi gruesa cabeza. Beso su boca abierta, deslizando mi lengua contra la suya mientras presiono mi polla contra su abertura y la empujo lentamente hacia dentro.

Gime cuando su coño caliente se cierra con fuerza a mi alrededor, apretando y estrujando mientras añado una pulgada rígida cada vez, quitándole la virginidad para siempre.

Su espalda se arquea y sus tetas se presionan contra mi pecho a medida que empujo más hondo, ensanchando y llenando su estrecho y virginal coño por primera vez. Sus uñas se clavan en mis hombros y jadea contra mi boca, con la respiración caliente y superficial mientras su calor apretado se estira para acogerme entero.

Bajo la mirada entre nosotros, contemplando la impresionante vista de la chica de mis sueños siendo follada. Está tan jodidamente buena. Estamos hechos el uno para el otro.

—Eso es, nena —gruño, apretando los dientes mientras su coño virgen me envuelve como un puño—. Lo estás haciendo muy bien. Tan jodidamente bien. Estoy en el cielo.

Sus piernas tiemblan mientras las cierra alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca, necesitando más. Deslizo las manos bajo su espalda, levantándola lo justo para inclinar sus caderas y hundirme aún más hondo. Ella grita y no puedo evitar sonreír, sabiendo que es toda mía.

—*Joder* —silbo entre dientes mientras mantengo mi polla dentro de ella, sintiendo el apretón en mi miembro—. Has nacido para mí. Estoy seguro.

Me mantengo así, enterrado hasta el fondo, dejando que se adapte, dejando que me sienta *totalmente* dentro de ella por primera vez. Su cuerpo tiembla, su respiración se entrecorta, pero sus ojos —esos ojos amplios y vidriosos— están llenos de lujuria. Llenos de deseo.

—Eres mía —le susurro, rozando con los labios su cuello—. Ya no hay vuelta atrás.

—Eres el único al que quiero —dice ella, rodeándome con sus brazos—. El único que he querido siempre.

Eso es todo lo que necesito oír.

Empiezo a moverme, de forma lenta y profunda, hundiendo mis caderas en ella con cada envite suave, asegurándome de que sienta cada maldita pulgada. Gime mientras me muevo despacio, pero

cuando esos quejidos se convierten en gemidos, sé que está lista para más.

Le agarro la cadera con la mano y empiezo a moverme más rápido, embistiendo hacia dentro y hacia fuera con un ritmo firme y constante. Sus caderas se mueven a la par que las mías como si estuviera hecha para hacer esto conmigo. Ya estamos muy compenetrados. Nuestros cuerpos se mueven como si lleváramos años haciendo esto, cuando solo es nuestra primera vez.

Sus gemidos se vuelven más fuertes y desesperados. Cada sonido que emite me empuja a follar más fuerte, más hondo, más rápido.

—Eso es, nena —gruño, viendo cómo aprieta los ojos y abre los labios. Sus dedos me arañan la espalda mientras embisto con fuerza—. Así. Cómete la polla grande de tu hombre.

Añado más potencia, embistiendo quizá un poco demasiado fuerte, pero es casi imposible contenerme. Está tan jodidamente perfecta que me está haciendo perder el control. Mi instinto primario está tomando el mando ahora.

Pero incluso mientras embisto con más fuerza, ella quiere más. Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura, anclándose a ella como si nunca quisiera que parase. Joder, yo nunca quiero...

Quiero que esto dure para siempre.

Su coñito caliente me agarra como un tornillo de banco, apretando mi polla, codicioso de cada embestida. Mi verga está cubierta de su cálido flujo y no hay sensación mejor.

Mis ojos voraces pasan de sus pechos balanceantes a su boca abierta donde se oculta esa lengüita tan sexy. Veo que se le contrae el rostro, que sus quejidos son cada vez más fuertes, y sé que está a punto de correrse.

—Córrete en mí —gruño sobre su boca abierta—. Quiero sentirlo en mi polla.

Grita cuando le llega el orgasmo, apoderándose de su cuerpo encendido. Le inmovilizo las manos por encima de la cabeza, follándola fuerte y hondo mientras se corre, frotándome contra su clítoris con cada envite firme. Su boca se abre en un grito silencioso

y su cuerpo se agita bajo el mío mientras el orgasmo la recorre de la cabeza a los pies.

—*Joder* —siseo cuando siento que su coño se contrae a mi alrededor, tan malditamente estrecho. Tan jodidamente bien.

Jadea mi nombre y todo su cuerpo tiembla mientras el placer ardiente la atraviesa.

Una parte de mí quiere correrse al mismo tiempo, pero me contengo, pues no quiero que esto termine todavía. No hay momento tan especial como la primera vez, y quiero que dure.

Cuando su temblor disminuye y sus gritos se funden en gemidos, salgo de ella, la agarro por la cadera y le doy la vuelta, poniéndola a cuatro patas frente a mí.

Esta chica se vuelve más sexy con cada ángulo en que la veo. Me lamo los labios mientras contemplo su culo abierto y su coño rosa, todo expuesto ante mí.

—Aún no hemos terminado, ángel —digo mientras paso la palma de mi mano por su columna vertebral, sintiéndola temblar bajo mis dedos—. No he terminado de hacerte gritar.

Agarro mi polla y la deslizo de nuevo dentro de ella; ambos gemimos mientras empujo hasta el fondo.

Me mira por encima del hombro con esos sexis ojos verdes, mordiéndose el labio inferior mientras empiezo a embestir, dándole estocadas largas y profundas.

—Eres lo más sexy que he visto en mi vida —gruño mientras le agarro el culo tan fuerte que dejo las marcas rojas de mis dedos en su piel impecable. No se queja. No lloriquea. Se limita a aceptar cada embestida que le doy, empujando su culo contra mí cada vez que balanceo mis caderas hacia delante.

Agacha la cabeza, gimiendo mientras acelero el ritmo, incapaz de contenerme. Estoy perdiendo la cabeza viéndola recibir cada centímetro de mí. Recibiendo cada centímetro y *amando* cada centímetro.

—Mírate —suelto entre dientes, agarrándole la cintura y atrayéndola de vuelta hacia mi polla mientras embisto. —Tan jodidamente perfecta. No puedo creer que seas mía.

Voy a dejar *preñada* a esta pequeña belleza. No hay nada que me impida reclamar su vientre como he reclamado su virginidad.

Una vez que la idea está en mi cabeza, no puedo soltarla.

Aprieto los dientes mientras acelero, embistiendo *fuerte* y embistiendo *rápido*.

Jadea, con los dedos aferrados a las sábanas y el cuerpo temblando bajo el mío, pero sigue empujando hacia atrás, respondiendo a cada embestida, ansiosa por más.

—Esa es mi chica —gruño mientras la balanceo adelante y atrás, su coño está tan húmedo que mancha mis huevos en movimiento y mis muslos musculosos.

—Se siente tan bien —grita mientras observo su perfecto culito rosa.

—*Dilo* —gruño—. Dime a quién pertenece este coño.

—A *ti* —gime, con la voz quebrada y rota—. Es tu coño. Soy toda tuya.

Me hundo en ella, ahora con más brusquedad, más *hondo*, golpeando con la cadera mientras la follo con todo lo que tengo. Su cuerpo lo aguanta, lo agradece, agarrando las sábanas como si fueran lo único que evita que pierda el control por completo.

—Así es —gruño, agarrando su pelo con mi puño y tirando de su cabeza hacia atrás para que sienta mi poder—. Has nacido para mí. Dilo.

—He nacido para ti —grita—. Cash... *¡Maldita sea!*... He *nacido* para ti.

Casi me corro en ese mismo momento. La forma en que pronuncia mi nombre, la forma en que se me entrega tan completamente... nunca antes había necesitado oír nada con tanta urgencia. Y ahora que lo oigo, estoy listo para soltarlo todo.

Paso la mano por debajo y la deslizo entre sus muslos. Está tan húmedo y cálido aquí abajo. Tan jodidamente caliente. Le froto el clítoris inflamado con los dedos mientras embisto más fuerte, más rápido, golpeándola hasta que grita mi nombre. Su cuerpo se bloquea por completo un segundo antes de que otro orgasmo la sacuda.

Cuando siento que su coñito caliente se corre de nuevo sobre mí, un calor palpitante que me ordeña la polla, suplicando por ella, pierdo todo el control.

Me *desmorono*. Me hundo profundamente y me corro *fuerte*, gritando como una bestia salvaje mientras derramo mi semilla caliente en su interior, llenándola y marcando este perfecto coñito virgen como mío. Ella acepta todo lo que le doy, gimiendo y temblando ante mí.

Es tan intenso. El calor es tan abrumador. Mi propio cuerpo se agita y tiembla hasta que no puedo más y me desplomo a su lado, buscando a mi chica.

La atraigo hacia mí, inhalando su aroma, envolviéndola en la seguridad de mis brazos.

Tiene los ojos cerrados. Sus quejidos suaves y deliciosos me llenan el oído.

Este es el mejor momento de mi vida, y he vivido *muchos*.

Llevo veinte años siendo una estrella del rock.

Pero esto... Abrazar a mi nena. Saber que es toda mía...

Esto de aquí, lo recordaré para siempre.

Lo recordaré y lo atesoraré.

La noche en que Lola se convirtió oficialmente en mía.

CAPÍTULO NUEVE

Lola

La satisfacción pulsa en mi cuerpo, reverberando en cada articulación, hueso y órgano que tengo cuando me despierto por la mañana con una sonrisa en la cara.

Contengo un gemido mientras me estiro en la cama grande y cómoda de Cash; con diferencia, la cama más suave y lujosa en la que he dormido nunca. La casa está en silencio, solo se oye el latido pausado de mi corazón tranquilo y satisfecho mientras me hundo en la almohada y observo la luz del sol matinal iluminando las vigas del techo a la vista. Podría acostumbrarme a despertarme aquí.

Estoy desnuda bajo las sábanas, pero en lugar de sentirme expuesta y vulnerable, me siento como en casa. Sé que estoy a salvo con Cash.

Me doy la vuelta, esperando verle durmiendo a mi lado, pero la cama está vacía. Está al otro lado de la habitación, sentado ante su piano en calzoncillos.

Sonríó mientras le observo trabajar. Sus manos se mueven de un lado a otro, sus dedos danzan sobre las teclas. No está pulsando ninguna porque no quiere despertarme. Qué encanto.

—Puedes tocar —digo mientras me incorporo, sujetando las sábanas sobre mi pecho.

Él me mira por encima de su ancho hombro y me dedica una sonrisa tan cálida que me hace sentir como en casa; como si perteneciera a esta cama, a esta casa, a este momento, con él, para siempre.

—No quería despertarte —dice, con el pelo tan mono y alborotado por todas partes—. Estabas preciosa durmiendo tan tranquila. Me ha inspirado una canción.

—¿Puedo oír algo? —pregunto, asombrada de que esto sea la vida real.

—Aún está muy verde, pero...

Se vuelve hacia el piano y las notas encantadoras empiezan a llenar la habitación mientras toca.

Es precioso. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando empieza a cantar con su voz grave y ronca.

*—Era sombras por la mañana,
llovía que nunca despejaba el cielo.
Solo un fantasma de quien solía ser,
viviendo días que no lograba reconocer.*

Me envuelvo en la suave sábana y me dirijo al piano, con la larga tela arrastrando tras de mí como un vestido de novia.

La espalda desnuda y musculosa de Cash se tensa y se ondula mientras sus dedos bailan por las teclas. Me apoyo en el piano, observando su rostro, amando la forma en que su frente se frunce con la concentración.

*—Llevaba el silencio como un ancla,
ahogándome lento y hundiéndome rápido.
El amor era solo una palabra para extraños...
hasta que llegaste tú y destrozaste eso.*

Sus hermosos ojos marrones brillan mientras me mira, y sus dedos se detienen de repente.

—Eso es todo lo que tengo.

—Es bueno —digo, sintiéndome un poco emocionada al saber que así es como me ve—. Es muy bueno.

—Me vendría bien una voz sexy para el estribillo.

Sonríó. Creo que su voz ya es bastante sexy de por sí.

—¿Por qué no sueltas esa sábana y te subes a mi piano? —gruñe, y sus ojos se vuelven voraces mientras me recorre de arriba abajo—. Pensaré mejor si puedo contemplar a mi musa desnuda.

Sonríó mientras dejo caer la sábana de la cama. No tengo que esconderme de él.

Suelta un gruñido bajo y hambriento cuando me subo al piano a su lado, cruzando las piernas.

—Vamos a repetirlo desde el principio —digo.

Él mira mis pechos desnudos e inhala profundamente, como si le costara mantenerse sentado.

—Concéntrate, Sr. Edwards —le digo, empujándole el hombro juguetonamente con los dedos de los pies.

Él sacude la cabeza con un gemido, le da a grabar en su móvil y empieza a tocar la canción desde el principio.

No puedo apartar los ojos de él mientras canta de nuevo, sabiendo que canta sobre el momento en que nos conocimos. Sabía que conocernos me había cambiado la vida, pero no me había dado cuenta de que para él también había sido algo tan trascendental.

Cuando llega el estribillo, empiezo a cantar, dejando que las palabras fluyan...

*—Besé las grietas de tu armadura,
alimenté a los lobos que te mantenían entero.
Bailé con todas tus sombras
hasta que me grabaron en tu alma.*

Él toca mientras yo canto, aumentando la tensión. Va a ser una balada preciosa. No veo la hora de oírle tocarla con su guitarra.

Mira mis pechos de reojo y pierde la concentración, pulsando las teclas equivocadas. No puedo evitar sonreír cuando deja de tocar.

—¿Debería ponerme algo de ropa?

Él sacude la cabeza con ímpetu. —¿Por qué ibas a hacer una tontería como esa?

Mi trasero chirría sobre el piano cuando me agarra las piernas y me atrae hacia él.

—Para que podamos escribir —digo, sintiendo que el calor fluye hacia mi centro.

—Ya no estoy de humor para escribir —dice mientras pone sus manos fuertes sobre mis rodillas y me abre las piernas lentamente.

Me echo hacia atrás, tomando aire con fuerza al quedar totalmente expuesta ante él. La mirada de sus ojos... tan encendida... La promesa de tanta diversión...

—Tomémonos un descanso —gruñe. Me estremezco al sentir el calor de su aliento en mi coño expectante—. Necesito un *poco* de inspiración.

—Espera —digo mientras alargo la mano, a punto de pausar el móvil que está grabando cada palabra.

Él me agarra la muñeca, deteniéndome. —Deja que siga —dice con una sonrisa pícara—. Me encantan los sonidos sexis que haces.

Sonrío y dejo que se salga con la suya.

Se mueve entre mis piernas con un gemido hambriento y, cuando su boca encuentra mi calor húmedo, vuelvo a desmoronarme por completo, gimiendo y retorciéndome sobre su lengua hasta que me corro sobre su dulce, hermosa y famosa boca.

EPÍLOGO

Lola

Ocho meses después...

Es el día en que sale nuestro álbum, pero nadie lo diría por lo tranquila que está la casa de Cash. En realidad, debería dejar de llamarla «la casa de Cash». A él le fastidia que lo diga. Por lo tranquila que está *nuestra* casa.

Estoy tumbada en el sofá, tan embarazada que siento que voy a explotar, leyendo mi libro con los pies en el regazo de Cash. Él me los masajea mientras mira distraídamente el partido de béisbol de anoche sin volumen. Le observo por encima del libro y sonrío. Me encanta verle por la mañana con ese pelo de punta tan loco, las mejillas de varios días y ese albornoz enorme.

Me encanta que solo yo pueda verle así. Todos los demás tienen al Cash impecable y elegante, pero yo también tengo esto. El Cash de casa. El Cash cómodo. El Cash que es todo mío.

—¿De qué te ríes? —pregunta mientras desliza los dedos entre los míos, masajeándolos.

—Me gusta tu pelo —le digo, mordisqueándome el labio inferior.

Él niega con la cabeza y mira a su alrededor—. ¿Dónde está mi sombrero de vaquero?

—No —digo, presionando mis talones contra sus piernas para que no se mueva—. Me encanta. Estás muy guapo.

Vuelve a negar con la cabeza, pero hay una sonrisa en su rostro mientras vuelve a centrarse en el partido.

—¿Estás nervioso por el lanzamiento? —le pregunto.

Bebe un sorbo de café y exhala de forma larga y sonora—. No lo sé. Es raro.

—¿El qué?

—Estoy nervioso, pero a la vez no.

Intento incorporarme, pero resulta difícil cuando te sientes como una morsa embarazada, así que me vuelvo a dejar caer con un suspiro—. ¿A qué te refieres?

—Grabar ese álbum contigo ha sido el mejor momento de mi vida —dice. Sonríe porque me siento igual. Perderse en una nube creativa ya es bastante divertido de por sí, ¿pero cuando estás perdida en esa nube con tu alma gemela? Dios, nada supera eso. Atesoraré estos recuerdos el resto de mi vida.

—El álbum es perfecto —afirma—. Al menos, para mí lo es. No cambiaría ni una palabra, ni un acorde, ni nada. Es lo favorito de todo lo que he hecho.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Suspira—. Nunca me ha importado demasiado lo que piensen los fans —dice—. Pero esta vez... no sé. No quiero decepcionarlos.

Sonríe mientras me esfuerzo, gruño y lucho por sentarme, quedándome sin aliento en el proceso—. Oh... Te importan los fans.

Él pone una mueca y yo me río—. ¿Es eso lo que pasa?

Es tan adorable que no puedo con él—. Eso es algo bueno, Cash. Demuestra que los aprecias.

Vuelve a mirar a la televisión, pero no está viendo el partido. Está pensando.

—Sabes, creo que tienes razón.

—Eres un buen hombre, Cash —le digo mientras acerco mi mano a su cabeza. Él se inclina para que pueda besar su pelo de punta—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Pasamos la mañana holgazaneando en plena felicidad doméstica y no podría pedir nada mejor. Nuestra primera hija nacerá en un mes y ya está todo listo para nuestra pequeña. No podemos esperar más.

En cuanto supimos que estaba embarazada, nos casamos. Sé que no me pidió matrimonio solo porque estuviera embarazada. Mi hombre maravilloso ya tenía el anillo. Lo sacó allí mismo, en el cuarto de baño, poniéndomelo en el dedo mientras yo aún sostenía el test de embarazo positivo.

Realmente ha sido el hombre perfecto. Antes de conocernos, había rumores en los tabloides sobre que bebía y fumaba demasiado, pero yo nunca le he visto tomar ni un sorbo de alcohol y no ha olido a cigarrillo ni una sola vez. Él nunca ha dicho nada al respecto, pero su representante, Bret, me contó una vez que lo dejó todo en el momento en que me conoció. ¿No es lo más dulce del mundo?

Después de cenar, llama mi representante, Karen. Estamos sentados fuera, viendo a los caballos correr por el rancho mientras se pone el sol.

El disco es un bombazo. Batimos tantos récords que ni siquiera puedo recordarlos todos para cuando ella termina de enumerarlos.

—*Estáis en el siguiente nivel*—dice Karen. Puedo notar el orgullo en su voz. Me conoció cuando estaba en el instituto, subiendo vídeos a YouTube desde mi habitación—. *No. Estáis en un nivel nuevo. Estáis en territorio inexplorado.*

Sonríó mientras le agradezco todo lo que ha hecho.

No estoy en un nivel nuevo. Solo soy yo. Y Cash solo es Cash.

Solo somos personas. Personas que están locamente enamoradas y a punto de comenzar una nueva fase de nuestro viaje.

Tenemos que mantener los pies en el suelo. No podemos dejar que se nos suba a la cabeza.

Vamos a tener un bebé en menos de un mes y a ese bebé no le importará quiénes son sus padres. Ella se encargará de bajarnos los humos sin importar lo importantes que nos creamos.

—¿Y bien?—dice Cash, mirándome con esos preciosos ojos marrones—. ¿Estamos bien?

—Muy bien —digo mientras me acerco con paso decidido y me siento en su regazo. Peso más que nunca, pero él reprime un gemido cuando pongo todo mi peso sobre sus piernas.

—De hecho, señor Edwards —digo mientras me inclino y mantengo mis labios a milímetros de los suyos—. Creo que estamos simplemente perfectos.

—A mí me parece lo correcto —dice mi maravilloso hombre antes de acercar su boca y besarme.

Las ventas de discos están muy bien.

¿Pero esto que tenemos aquí?

Este es el verdadero premio.

EPÍLOGO

Cash

Un año después...

La inmensa multitud ruge cuando Lola y yo salimos al escenario. Es un océano de rostros que vitorean y sonríen.

Por primera vez en *mucho tiempo*, no me retraigo ante eso. No lo odio. Simplemente lo asimilo todo, mirando a toda esa gente entusiasmada.

Sonrío mientras lanzo una mirada a mi chica mientras ella también lo disfruta plenamente, encantada con el amor que nos brindan los fans.

Treinta y cinco ciudades. Una gira internacional. Un álbum nuevo que hemos hecho juntos, con cada pista rebosante de la pasión y el fuego que han estado ardiendo entre nosotros.

Grabar este álbum con Lola ha sido la mejor época de mi vida. Nunca me he sentido más creativo. Nunca he estado tan presente en el momento. Ha sido como trabajar con mi alma gemela amorosa y mi alma gemela creativa al mismo tiempo. Eso es lo que es ella. Ella lo es todo para mí.

Lola me coge de la mano y levanta nuestros brazos. El público estalla. Es ensordecedor. Siento los vítores resonando por todo mi

cuerpo.

La canción que brotó de mí tras conocerla por primera vez — Calor Country— ha sido número uno desde el día en que se lanzó. Es un éxito colosal.

Se lo debo todo a ella. Es mi musa. Es mi salvadora. Es mi todo.

Nuestra pequeña, Mónica, está entre bastidores con la madre de Lola. Es otro rayo de sol. La vida de este viejo no deja de mejorar.

Lola me mira y sonríe mientras bajamos las manos y cogemos nuestras guitarras. Asiento con la cabeza a mi batería, Marc, y luego a las guitarristas de Lola, Sasha y Rachel. Son buenas amigas nuestras y salimos con ellas todo el tiempo junto a sus novios, Graham Marshall y Tristan Rowe de Stranger Danger. Todavía me parece surrealista que salieran tres parejas tan increíbles de la fiesta de Graham Marshall hace dos años. ¿Cuándo ocurre algo así en la industria musical?

Me paso la correa de la guitarra por el hombro mientras miro hacia un lado del escenario, donde nuestros representantes, Karen y Bret, están observando cogidos de la mano. Se quedaron prendados el uno del otro en cuanto los presentamos y congeniaron bastante rápido.

Me alegro mucho por Bret. Sé que le he hecho pasar por un calvario a lo largo de los años, pero esos días se han acabado. A partir de ahora voy a ser más suave con él. Incluso voy a pagarles las vacaciones el mes que viene: una estancia de tres semanas en una pequeña isla griega en medio del paraíso. Se lo merece.

—¿Cómo estáis, Tennessee? —dice Lola al micrófono, y todo el mundo vitorea.

Me encanta lo feliz que está todo el mundo. Absorbo toda esa energía positiva y dejo que alimente mi alma.

Hubo un tiempo en que lo odiaba, pero ahora estoy agradecido por ello. Por cada fan, por cada interacción y por cada momento en que nuestra música puede hacer que la vida sea un poco más dulce para estas personas maravillosas.

Es un regalo.

Lola me ha demostrado que esta es mi forma de llegar a la gente. De comunicarme con ellos. Ya no me lo tomo tan a la ligera.

Lo valoro profundamente.

Empezamos a tocar la primera canción de nuestro álbum, *Golpeado por ti*, y la multitud se une, cantando y bailando, haciéndonos saber cuánto aman y aprecian nuestro arte.

Nos alimentamos de su energía y emoción. Nunca he tocado con tanto entusiasmo, dejándome los pulmones al cantar y bailando en el escenario con mi chica. Me duelen las yemas de los dedos por las cuerdas de la guitarra, pero me siento bien. El dolor resulta nostálgico, igual que solía dolerme cuando tocaba dieciocho horas al día, sin querer soltar nunca la guitarra.

Esta nueva oportunidad de vivir... Esta nueva mentalidad...

Todo es gracias a Lola. Todo es gracias a ella.

Ella me ha hecho mejor persona. Quiero ser el hombre que ella merece.

Estoy agradecido por todo mi éxito, mis fans y mi fortuna, pero renunciaría a todo ello en un segundo por ella.

Ella es por lo que más agradecido estoy.

La vida ya no es una pesadilla.

Con este ángel hermoso en mi vida, es un sueño hecho realidad.

EPÍLOGO

Cash

Treinta años después...

—¿Dónde está? —murmuro para mis adentros mientras recorro la sala con la mirada en busca de mi chica. Este lugar está lleno de los músicos más talentosos de la industria, pero yo busco a mi favorita. Mi cantante favorita, mi persona favorita y mi cosa favorita en todo el ancho mundo. Mi Lola.

Empiezo a sentir esa sensación de tensión y nerviosismo que siempre me invade cuando no la encuentro por ninguna parte.

Estamos en los BeatBox Awards —los premios musicales más prestigiosos que existen— y estamos sentados justo en la primera fila. Voy a recibir el codiciado Premio a la Trayectoria Profesional por mis contribuciones a la música, aunque siento que la música que le he dado a este mundo no es nada comparado con los maravillosos hijos que le he dado. Pero nadie entrega trofeos por eso.

La gala está a punto de empezar y mi mujer todavía no está aquí. Busco a Lola a mi alrededor y maldigo entre dientes cuando las luces del teatro se atenúan. El espectáculo se reanuda tras la pausa publicitaria.

Espero que no me entreguen el premio ahora mismo. Me moriría si estuviera ahí arriba pronunciando mi discurso y mi alma gemela no estuviera en su asiento.

Hace tanto que ha ido al baño... ¿Dónde estará?

La música suena y me siento perdido mientras el espectáculo vuelve a empezar. Una mujer sale al escenario por detrás de la cortina y tardo un segundo o dos en darme cuenta de que es mi esposa.

Me hundo en el asiento y sonrío mientras Lola camina con paso firme hacia el micrófono con su deslumbrante vestido plateado, que brilla bajo todos los focos. Me sonrío mientras el público aplaude. Todo el mundo adora a Lola. ¿Cómo no hacerlo?

Sabía que me darían el premio, pero no tenía ni idea de que Lola me lo entregaría. Después de todo este tiempo, todavía se guarda algún as en la manga.

Sonrío mientras la veo plantada con orgullo frente a la multitud, mostrándose completamente a gusto. Siempre se le ha dado muy bien estar ante el público. Siempre ha tenido un talento natural para el escenario. Me encanta verla y este momento no es una excepción. Estoy pegado al borde del asiento.

—Tenía trece años cuando oí por primera vez la voz profunda y rasgada de Cash Edwards —dice, hablando para la inmensa sala llena de gente, pero mirándome solo a mí—. Estaba en mi habitación, sentada en la cama, cuando me llegó una notificación al móvil. Mi primo me había enviado la canción. *El ranchero destrozado*. Recuerdo darle al play y recuerdo incorporarme de golpe mientras los escalofríos me recorrían la espalda. Estaba transfigurada. Estaba conmovida. Estaba hipnotizada por la voz profunda e icónica de Cash. Nunca había oído un sonido tan cautivador. Y en ese momento supe que quería ser cantante.

Siento que el pecho me duele mientras observo a esta mujer que me ha cambiado a mejor. Hemos hecho tanto. Hemos tenido cuatro hijos increíbles, hemos creado seis álbumes fabulosos, donado millones a la caridad y nos hemos divertido conociendo a nuestros fans por todo el mundo. Pero son las pequeñas cosas las que más significan para mí. La forma cariñosa en que me mira cuando le llevo

un café, el sonido que hace cuando le masajeo los pies, el contacto de sus manos en mis hombros tensos ablandándose como plastilina mientras me susurra palabras suaves al oído. Esos son los momentos que atesoro de verdad. Los momentos que son solo para nosotros. Los momentos que no ganarán ningún premio ni se televisarán jamás, pero cada uno de ellos vive en mi corazón.

—Esta noche, es un honor para mí entregar el Premio a la Trayectoria Profesional al único e inigualable Cash Edwards.

Todo el mundo se pone en pie de un salto a mi alrededor, aplaudiendo y vitoreando mientras camino hacia el escenario.

Los aplausos son agradables, pero la mirada de mi chica cuando llego hasta ella es el paraíso. Me entrega el trofeo y la beso en los labios, deseando que estuviéramos de vuelta en casa los dos solos.

—Gracias, cariño —le susurro al oído—. Cuando sea tu turno, seré yo quien esté aquí arriba entregándote el premio.

Ella me guiña un ojo con una sonrisa.

—Más te vale.

La multitud sigue rugiendo mientras me coloco frente al micrófono, todavía con la mano agarrada a la de mi chica.

—No se me dan muy bien los discursos —digo, sonriéndole a Lola—. Pero se me da bastante bien cantar. Si me lo permiten, me gustaría cantar una canción con mi chica.

Yo también estoy lleno de sorpresas. Lola niega con la cabeza, sonriendo mientras los productores se apresuran a salir con nuestras guitarras.

Las cogemos y nos pasamos las correas por los hombros, observando todos los ojos abiertos y las grandes sonrisas de la gente en el público.

Hubo un tiempo en que me habría cambiado por cualquiera de ellos. Pero ahora que tengo a Lola y la increíble vida que hemos construido, no cambiaría mi vida por todas las riquezas del mundo. Tengo todo lo que necesito.

Rasqueo la guitarra, tocando *Calor Country*. Lola sonríe al reconocerla y se une a mí.

Nos acercamos al micrófono, compartiéndolo muy de cerca, y empezamos a ofrecerle un espectáculo a esta gente maravillosa.

Una vez gloriosa más.
Solo mi chica y yo.

El fin.

Descubre los libros de Olivia T. Turner
<https://www.oliviatturner.com/espanol.html>

Ve directamente a Amazon.es.
<https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ>



Killian
Heartlands MC
Libro 1
Olivia T. Turner

[Obtén el libro aquí](#)

No hay nadie más prohibido para mí y para la banda de Heartlands que la hija del Sheriff.

Pero una vez que la veo, sé que no hay nada que no haría para hacerla mía.

Y sé que no hay nada que el Sheriff no haría para detenerme.

Todo el mundo siempre me ha visto como un forajido.

Un criminal. Un ladrón.

Pero ella no.

Ella ve el gran corazón bajo mi duro exterior.
Ella ve al hombre que podría ser.
Quiero ser ese hombre para ella, pero es difícil cuando las bestias de mi pasado vienen a llamar.
Cuando hay deudas de sangre que pagar.
Y cuando su padre quiere mi cabeza en una pica por tocar a su princesa.
Con suerte, el amor es más fuerte que las balas...
Porque voy a tener muchas dirigidas hacia mí.

Los machos alfa del Club de Motos Heartlands son los hombres más posesivos, devotos y territoriales del país cuando se trata de aquellos a quienes aman.

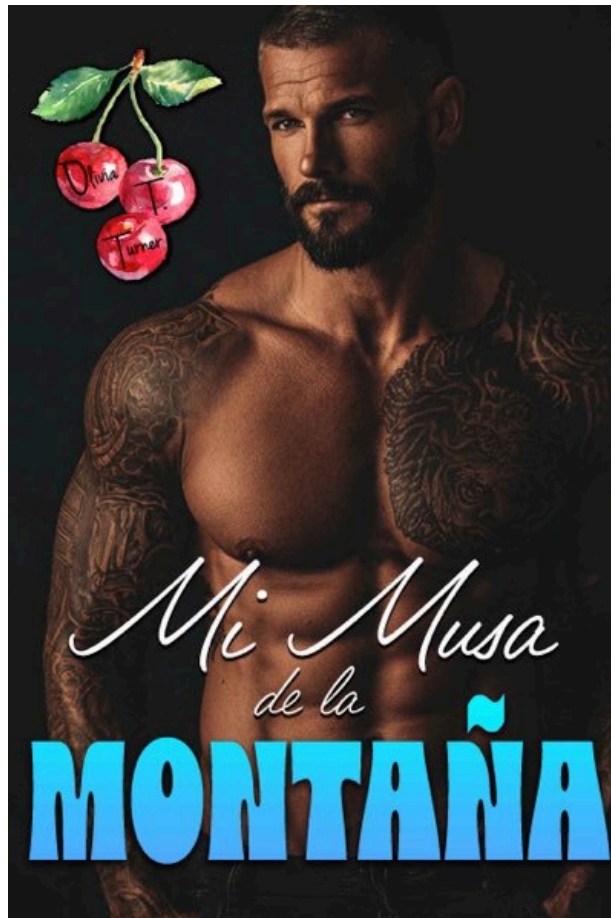
Heartlands es una nueva serie áspera y robusta de historias independientes. Cada libro hará rugir tus motores y acelerar tu corazón. Garantizado.

[Obtén el libro aquí](#)

Continúa la serie con...

[Jaxon - Heartlands MC](#)

[Beckham - Heartlands MC](#)



Mi Musa de la Montaña

Olivia T. Turner

[Obtén el libro aquí](#)

Siempre he soñado con alquilar una cabaña en las montañas durante una semana para escribir una novela romántica y por fin estoy aquí. Tengo todo lo que necesito.

- Cabaña de madera en una montaña apartada (listo)
- Una semana libre en el trabajo para no hacer otra cosa que escribir (listo)
- Una ligera nevada cayendo fuera mientras estoy sentada bajo una manta en el escritorio (listo)
- Una increíble historia de amor que se escribe sola (¿qué es lo contrario de «listo»?)

Es mi segundo día aquí y no he escrito ni una palabra.
¿Se puede seguir teniendo el bloqueo del escritor si no eres una escritora de verdad?
Todo es un desastre hasta que, paseando por el bosque, veo la inspiración que tanto necesitaba.
Y viene en un formato grande, barbudo y gruñón.
Se llama Jayden Rowe y es un rudo montañés que dice ser el dueño de todo en esta montaña.
Incluyéndome a mí.
De repente, al poder quedarme embobada mirando el torso desnudo de Jayden mientras corta leña, las palabras empiezan a fluir y mi libro cobra vida.
Pero cuando llega el momento de escribir la escena de amor, las palabras se agotan y me quedo en blanco.
Lo que necesito es un poco de inspiración de un montañés para que el libro vuelva a arrancar.
Investigación. Eso es lo que necesito.
Una investigación tórrida, sudorosa y sensual con mi nuevo y guapísimo amigo montañés.
Ahí es cuando decido que voy a seducir a Jayden...
...con fines de investigación, por supuesto.

¿Estás preparada para un montañés que empuña un hacha y sabe cómo manejar su madera? Lily te hará reír, y Jayden te hará suspirar y tener que parar para abanicarte con tu Kindle.

¡Coge una copa de vino, encierra a todo el mundo fuera de la habitación y prepárate para pasar un rato salvaje con esta alocada pareja!

¡Sin infidelidades y con un final feliz invernal!

[Obtén el libro aquí](#)
